
HARLEQUIN
DESEO
TM
LIZ IRELAND
Llena de sueños

DESEO

LIZ IRELAND

Llena de sueños



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Llena de sueños, n.º 1007 - agosto 2019
Título original: The Cash-Strapped Cutie
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.:978-84-1328-424-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo Uno

–¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay… Dios… mío!

Mientras Natalie Winthrop miraba la monstruosidad arquitectónica que había frente a ella, las palabras salían de su boca sin que se diera cuenta. El desesperado mantra no servía su propósito porque nada podía ayudarla, pero recitar esas palabras parecía lo único que podía hacer para no hundirse en la desesperación.

¿Qué había ocurrido? ¿Cómo había terminado así?

Dos días antes, estaba en la cima del mundo. Era la ganadora de un sorteo cuyo premio consistía en una mansión en las montañas, una casa preciosa que ella iba a transformar en un maravilloso hotel rural. Ganar aquella casa había abierto inmensas posibilidades para ella. Natalie había cambiado su Lexus por un Volkswagen y, después de vender las piezas más caras de su vestuario y alquilar su dúplex por seis meses, había metido todas sus posesiones y sus animales en el coche, decidida a abandonar su antigua vida para siempre.

Y lo peor de todo era que también había abandonado a su prometido prácticamente en el altar porque creía haber encontrado algo mejor que el matrimonio.

Pero ese «algo» era una mansión en ruinas.

Aquello no tenía nada que ver con el dibujo de la preciosa casa sureña que había llamado su atención en una revista. En lugar de una mansión colonial, lo que había frente a ella era un edificio en ruinas que parecía dispuesto a salir volando si alguien estornudaba. Las persianas, en las ventanas que seguían conservándolas, colgaban de un clavo o se movían con el aire, mal colocadas sobre sus goznes. El suelo del porche estaba destrozado, los cristales de las ventanas rotos y al tejado le faltaban la mitad de las tejas.

Natalie había abandonado su vida, todo lo que tenía, sus amigos y a su prometido… ¿por qué?

¡Por una ruina!

Desesperada, se dejó caer sobre el capó del coche, enterró la cara en el cuello de su perro, Mopsy, y dejó escapar un gemido que

debieron escuchar en Houston. Aunque no sabía si llorar la haría sentirse mejor. Su madre, Helena Foster Winthrop de los Foster de River Oaks, la había advertido de que las lágrimas de una mujer solo debían ser un medio para conseguir un fin. Pero, para Natalie, aquel era el fin.

¡El fin de sus esperanzas!

¡El fin de su dinero!

¡El fin de todo!

Le hubiera gustado tirarse de cabeza desde la cima de la montaña, donde estaba situada la casa. O, mejor aún, rociarla con gasolina, prenderla y lanzarse a la pira.

Aquel podría ser un buen funeral para ella porque su vida estaba acabada.

En aquel momento, se dio cuenta de que había estado arrastrándose hasta aquel triste final durante un año. Porque había sido un año atrás cuando Malcolm Braswell, el administrador de sus difuntos padres, había desaparecido con todo su dinero.

En realidad, no se lo había llevado todo. Aquel canalla no había podido quedarse con la mansión de River Oaks, con todas sus antigüedades, armarios llenos de pieles, pinturas, esculturas, tapices y otros objetos de arte. Cuando Natalie se había puesto a echar cuentas había descubierto que, a pesar del robo, seguía siendo una joven relativamente acomodada.

Pero eso había sido un año antes.

Después de todo, ella era una Winthrop y no estaba acostumbrada a vivir como una mendiga… ni siquiera como una persona de clase media. Tenía que mantener apariencias, obligaciones benéficas y gustos considerablemente caros. Pero, ¿qué podía hacer? Si contaba que estaba arruinada habría sido el hazmerreír de todo el mundo. Habría perdido sus amigos que, al primer anuncio de problemas económicos, desaparecerían. Nadie la invitaría a ninguna parte. Su vida social se habría hundido para siempre.

De modo que, durante un año, había vivido de las rentas mientras esperaba que un detective privado encontrase a Malcolm Braswell. Pero además de costarle una fortuna, el detective no había conseguido resultado alguno. Mientras tanto, Natalie vendía discretamente las obras de arte de su familia y conseguía mantener las apariencias mientras rezaba para que, cuando la casa estuviera vacía, el detective hubiera encontrado al canalla del administrador o para encontrar alguna mina de oro.

Pero el dinero parecía desaparecer más rápido que nunca. Era

increíble que un cuadro de Winslow Homer apenas pagara sus facturas durante un mes. El armario de las pieles sirvió para financiar unas navidades tan poco radiantes que Natalie casi se sentía como un personaje de Dickens. Pero sus amigos no eran tontos y podían oler problemas económicos a un kilómetro de distancia. Si quería hacerlos creer que seguía teniendo diez millones de dólares a su disposición, debía seguir acudiendo a fiestas, comprar ropa de diseño y participar en los viajecitos de costumbre a esquiar o a la playa.

Y se había quedado sin blanca. Completamente. Como las alocadas chicas de Cómo casarse con un millonario, solo que en su caso no parecía haber ninguno esperándola.

En verano se había visto forzada a vender la casa de River Oaks. Compró un dúplex en una zona ligeramente menos elegante y le contó a todo el mundo que simplemente no podía vivir con los recuerdos de su familia. Tuvo que rebajarse a hacer un presupuesto para los gastos de comida, bañar a sus perros ella misma en lugar de enviarlos a la peluquería canina y dejar de comprar ropa de diseño. Y, entonces, cuando creía haber tocado fondo, cuando creía que tendría que mudarse a alguna ciudad en la que no la conociera nadie y rebajarse a buscar un trabajo, había ocurrido un milagro.

Más específicamente, Jared Huddleton había aparecido en su vida y le había pedido que se casara con él.

¡Por fin, el milagro!

Jared se había mudado a Houston aquel mismo año y Natalie había aceptado casarse con él porque era rico y atractivo y porque, como apenas se conocían, no se daría cuenta de que había huecos en las paredes donde solían colgar obras de arte, ni de que su ropa de verano era la misma que la del verano anterior. Natalie no podía ser más feliz.

Durante unos meses.

Porque cuando se acercaba la fecha de la boda empezó a cuestionarse si aquello estaba bien. La horrible verdad era que, aunque se sentía abrumadoramente agradecida a Jared, que iba a rescatarla de un futuro como compradora de rebajas, ella no lo amaba. En su situación, aquello debía ser un obstáculo risible. Después de todo, ella era una Winthrop, descendiente de una larga y orgullosa línea de mujeres que se habían casado por conveniencia. Su propia madre se habría reído de sus escrúpulos. «No seas bobita, hija», le habría dicho.

Pero su madre no estaba allí para ayudarla. Natalie estaba sola y, de repente, empezó a tener dudas. El matrimonio era algo

permanente y ella seguía confiando en que su detective encontrase a Malcolm Braswell algún día.

Con todos aquellos problemas, casi había olvidado su participación en el sorteo de una casa colonial en Heartbreak Ridge, al este de Texas. El dibujo de la mansión que aparecía en la revista la había hecho imaginarse a sí misma ganando dinero con el único talento que poseía: vivir con elegancia. Abriría un hotel de lujo que sus ricos amigos pagarían por visitar.

Natalie había enviado los cien dólares para el sorteo y después se había olvidado del asunto. Pero el día que se estaba haciendo la última prueba del traje de novia recibió la gran noticia: ¡Había ganado!

Aquella casa, había pensado, iba a ser la llave de su felicidad.

Pero la llave de la felicidad se había convertido en la llave del desastre. Aunque la casa que estaba mirando ni siquiera necesitaba llave. Además de las ventanas rotas, había un agujero del tamaño de un cráter en el tejado.

¿Cómo podía haber sido tan tonta?

Estaba limpiándose las lágrimas cuando, de repente, Mopsy empezó a aullar. Bootsy y Fritz saltaron de la parte trasera y empezaron a ladrar como posesos. Su gato persa, Winston, bufaba desde su jaula y Armand, la cacatúa, se puso a cantar «El coro de las walkirias», su aria favorita.

¿Qué estaba pasando? El corazón de Natalie latía acelerado. En ese momento, un hombre montado a caballo apareció en el camino y los perros se lanzaron corriendo hacia él.

Natalie lanzó un grito. No tenía miedo de los caballos; era el hombre quien la asustaba. Con una larga melena rubia flotando alrededor de su cara, barba de varias semanas y ropa de color indefinido, era el ser más salvaje que había visto nunca. Tenía el perfil de un dios griego, un cuerpo que, aun cubierto por un poncho estilo Clint Eastwood, era más perfecto que el de su entrenador personal y unos ojos azules que brillaban como el fuego. Era mitad Adonis, mitad gladiador.

Natalie se dio cuenta de que se había puesto la mano en la boca y se obligó a sí misma a adoptar una postura más natural. Lo que había excitado a los perros era un conejo muerto que el hombre llevaba colgando de la silla y que le produjo una náusea.

Pero sus perros no podían estar más emocionados. Además de las chuletas que solía preparar para ellos en su cumpleaños, nunca habían estado más cerca de un trozo de carne cruda.

El hombre tiró de las riendas y el caballo frenó en seco a unos

centímetros de Natalie.

–¿Qué está haciendo aquí? –gritó el hombre para hacerse oír por encima de los ladridos de los perros y la rendición de Plácido Domingo de Armand. Por no mencionar a Fritz, el chihuahua, que daba saltos, intentando llegar al conejo.

–¡Fritz! –lo llamó Natalie, irritada–. ¡Yo podría hacerle la misma pregunta!

–Vivo aquí, señorita.

Los ojos de Natalie se llenaron de lágrimas.

–Ah, estupendo –murmuró. No solo la habían engañado con la casa, sino que además aquella ruina estaba habitada–. Pues mire, por mí puede seguir viviendo aquí. Pero no me denuncie cuando la casa se le caiga encima.

Él frunció el ceño, mirando de mal humor al chihuahua.

–¿Es usted la tonta a la que Jim Loftus ha engañado para quitarse esa ruina de las manos?

–Sí, yo soy la tonta –contestó Natalie, con todo el orgullo que pudo reunir–. Y, como tal, le exijo que saque sus cosas de mi propiedad.

El hombre lanzó una risotada.

–¡Ah, ya entiendo! Ha creído que vivo aquí. Lo que quería decir es que vivo en la cabaña de arriba… ¿la ve? –preguntó el hombre, señalando una casita en la cumbre de la montaña. Era una sencilla casa rústica, pero en la situación de Natalie, le parecía un castillo de cuento–. Estoy tan acostumbrado a que nadie venga por aquí que cuando vi el coche pensé que se habría perdido.

–Pues tenía razón –murmuró ella.

Los ojos azules del hombre brillaron de forma amistosa, pero solo durante un segundo.

–¿Qué es ese ruido? –preguntó, señalando el coche.

–Ah, es Armand.

–¿Quién?

–Mi cacatúa –explicó ella–. Una vez que empieza con la ópera, no hay quien lo pare.

–Genial. Perros y pájaros.

–Y un gato. Winston está en el asiento trasero.

El hombre la miró de arriba abajo durante unos segundos, pero su mirada no era en absoluto halagadora. Natalie se fijó en que los vaqueros se pegaban a sus piernas como una segunda piel y sus botas tenían una capa de barro de más de un centímetro.

–¿De dónde es usted?

–De Houston –contestó ella, desolada al recordar la ciudad que

había dejado atrás.

–Eso lo explica todo.

–¿Qué es lo que explica?

–¡Una chica de ciudad! –el hombre prácticamente escupió esas palabras.

–¿Y usted qué sabe de Houston? Seguro que ni siquiera ha estado allí.

–Aquí no hay sitio para gente como usted.

–Pues yo creo que tengo tanto derecho como cualquiera –replicó ella, indignada.

–Yo he vivido aquí toda mi vida.

Natalie se irguió, orgullosa, estirándose la chaqueta de seda de color caramelo.

–Pero yo soy la propietaria de esta casa.

–Señorita, usted no estaría aquí si el canalla de Jim Loftus no le hubiera tomado el pelo. Pero estoy seguro de que no aguantará ni un mes.

Las palabras del hombre eran un reto para Natalie.

–Eso ya lo veremos.

–Sí, claro. En el pueblo me han dicho que piensa convertir esta vieja ruina en un hotel. No sé si lo sabe, pero se están partiendo de risa.

Natalie se puso colorada al recordar que había colocado un panfleto en el pueblo con la lista de cosas que haría para convertir aquella casa abandonada en un hotel de lujo, informando que eso atraería turistas y dinero al pequeño pueblo de Heartbreak Ridge. Que aquel panfleto hubiera sido objeto de risas era una humillación insoportable.

–Quiero que sepa que no pretendo ser objeto de burla. Tengo medios a mi disposición e influencias. ¡Mi padre jugaba al golf con el famoso abogado F. Lee Bailey! Créame, pienso utilizar todas mis conexiones y todo el dinero que tengo para demandar a Jim Loftus. Cuando termine con él, no le quedará ni el cepillo de dientes a su nombre.

El hombre se pasó la mano por la barbilla, pensativo.

–La verdad es que yo he comprobado el asunto ese del sorteo.

–¿Qué?

–Pensé que había algo raro y, además, no me hacía ninguna gracia tener vecinos.

–¿Y?

El hombre se encogió de hombros.

–Parece perfectamente legal.

Natalie intentó controlar las lágrimas. Aunque, en realidad, no habría podido demandar a Jim Loftus. Y su padre no había jugado al golf con F. Lee Bailey; solo pertenecían al mismo club de campo. Pero había esperado asustar a Loftus con amenazas… si algún día volvía de Honolulú. Sin duda había metido la llave de la casa en el correo desde algún buzón del aeropuerto.

–Pues pienso demandarlo de todas formas. Puede estar seguro de ello.

–Piénselo. Usted solo ha puesto cien dólares. Aunque tire la casa, la propiedad ya vale más que eso –dijo el hombre.

–¿Y si tiro la casa, dónde voy a vivir?

–Eso es verdad.

Natalie se quedó pensativa.

–Este terreno… ¿tiene algún valor?

–Hay animales, flora autóctona…

–¿Se puede plantar algo? –preguntó Natalie.

–No.

–¿Hay depósitos minerales?

El hombre lanzó una risotada.

–En estas colinas no hay oro, señorita.

Natalie suspiró, irritada.

–¿Hay alguna razón por la que alguien quisiera comprar este terreno?

–No se me ocurre.

–Entonces, no vale ni cien dólares. ¡No vale ni siquiera cincuenta centavos!

–Es posible que lo valga… una vez que haya reparado la casa.

–Pero… ¿por dónde voy a empezar? No me sorprendería nada que no tuviera electricidad.

–No la tiene. Pero la tenía, hace tiempo.

–¿Hace tiempo?

–Hace unos diez años… antes de la plaga de ratones y hormigas –explicó él. Natalie lanzó un gemido–. No se preocupe, la plaga de hormigas está controlada.

–¿Y los ratones?

El hombre sonrió.

–A su gato le va a encantar vivir aquí.

–¿Hay algún otro problema que yo deba conocer? –preguntó Natalie, horrorizada.

–El tejado. Probablemente, será la reparación más costosa, por no hablar de las cañerías.

–¿Qué le pasa a las cañerías?

–Que no hay.

Ella se quedó mirándolo sin decir nada. No podía haber oído bien. Todas las casas tenían cañerías. Las cañerías eran una necesidad. Algo básico…

–¿Que no hay cañerías? ¡Es imposible! ¡Es increíble! –exclamó, además de algún que otro epíteto dedicado a Jim Loftus. Natalie golpeó una piedra con la punta de su mocasín de piel. Estaba tan furiosa que, durante unos segundos, no se dio cuenta de lo que estaba haciendo el hombre.

Se estaba riendo. No solo sonriendo, sino riéndose con todas sus fuerzas, golpeándose la pierna, como aquel que ve algo completamente ridículo.

Natalie se quedó paralizada. Aquello era el final. Había tocado fondo.

Lo que había temido, que se rieran de ella porque estaba arruinada, estaba ocurriendo. Y se lo merecía. Desesperada, lo había intentado todo para evitar que el mundo descubriera cuáles eran sus circunstancias. Incluso había estado a punto de casarse con un hombre al que no amaba en lugar de salir a la calle y buscar un trabajo como cualquier persona normal.

Aquel monstruo se estaba riendo de ella pero, en lugar de sentirse hecha pedazos, Natalie reunió coraje.

¿Cómo se atrevía aquel gañán a reírse de ella? ¿Era culpa suya que la hubieran robado y engañado?

–Veo que le da risa la desgracia de los demás. Pero si cree que voy a volver a Houston con el rabo entre las piernas, señor cómo se llame…

–Tucker. Cal Tucker –la interrumpió él.

–Si cree que voy a salir corriendo se equivoca, señor Tucker. Tengo un plan para esta casa y pienso ponerlo en marcha. Descubrir que mi nueva casa tiene algunas deficiencias… –Natalie levantó la barbilla para esconder su miedo–… es solo una contrariedad.

Sus bravas palabras consiguieron que el hombre dejara de reírse.

–No va a durar aquí ni un mes, señorita.

–¡Eso ya lo ha dicho antes!

–Porque lo sé.

–¿Tiene usted idea de quién soy yo? Soy la bisnieta de George Nathan Winthrop.

–Nunca he oído hablar de él.

–¡Pues era un terrateniente y uno de los primeros hombres que encontró petróleo en Texas!

Él no parecía impresionado.

–No me suena.

–Da igual. Pero le aseguro que George Nathan Winthrop no miró aquel líquido negro y levantó las manos, desesperado. No sabía nada sobre petróleo, pero lo aprendió. Él sabía cuándo tenía en las manos una mina de oro y yo también.

El hombre sonrió, escéptico.

–¿Cree que esta casa es una mina de oro?

–Lo será cuando termine de repararla.

–Le apuesto cien dólares a que se marcha de aquí antes de seis semanas.

¡Seis semanas! Natalie apenas podía soportar la idea de estar en aquella casa durante seis minutos, pero no podía permitir que su odioso vecino la intimidara.

–Acepto el reto, señor Tucker.

¡Arreglaría la casa, la convertiría en un hotel y le enseñaría a todos aquellos pueblerinos que nadie se reía de una Winthrop!

–Muy bien, pero va a ser como quitarle un caramelo a un niño.

El tono resabiado irritó aún más a Natalie.

–¿Solo tiene una pobre opinión sobre mí o le ocurre con todas las mujeres?

–Nunca he conocido a una chica de ciudad que pudiera sobrevivir en las montañas. Y dudo que usted sea una excepción.

–¿Por qué piensa eso?

–Señorita, ni siquiera creo que sus perros pudieran sobrevivir sin cañerías.

Insultar a sus perros. Aquello sí que era caer bajo.

–Le aseguro que no puede juzgar mi habilidad para llevar adelante esta tarea por mis compañeros caninos.

–Muy bien –suspiró él–. Pero antes de que sellemos el trato, déjeme decirle que espero que no se quede por orgullo. A veces es mejor una retirada, señorita.

¿Y hacer qué?, se preguntaba Natalie. No tenía otra opción más que quedarse e intentar llevar a cabo sus planes.

–No se preocupe por mis motivos, señor Tucker.

–Muy bien. Me parece que pronto voy a ganar un dinerito –sonrió él, extendiendo la mano.

–No lo creo –dijo Natalie, apretándola con firmeza.

El hombre puso la otra mano sobre la suya en un gesto que la pilló por sorpresa y que, tontamente, la hizo sentir un escalofrío. Cuando miró sus ojos, Natalie vio en ellos vio un brillo que no había visto desde que conoció a Jared.

Pero cualquier perversa atracción que sintiera por aquel hombre

tenía que ser a causa de los nervios, se decía. Después de todo, había sido un día horrible y estaba sin fuerzas.

Cal Tucker soltó su mano y se inclinó hacia adelante.

–Buena suerte, señorita…

–Natalie Winthrop –dijo ella, con la barbilla levantada.

–Ah, es verdad –sonrió el hombre–. ¿Cómo he podido olvidar ese ilustre apellido?

–Gracias por desearme lo mejor –replicó ella, irónica.

–Si necesita ayuda o algún consejo, recuerde que vivo ahí arriba –sonrió Cal. Algún consejo, pensó Natalie. ¡Ja! La única ayuda que aquel hombre podía darle era un empujón montaña abajo–. Nos veremos, Natalie –se despidió después, obligando a su caballo a girar y a Natalie a apartarse.

Y, de ese modo, su vecino se alejó tan abruptamente como había aparecido, con el infortunado conejo colgando de la silla.

Capítulo Dos

Como se había convertido en su costumbre durante los últimos tres días, Cal se levantó temprano, se duchó, limpió la casa, leyó un poco y, a las diez, se sentó en el porche para tomar café y disfrutar del espectáculo.

Como entretenimiento, Natalie Winthrop era lo mejor después del fútbol. Aunque sus esfuerzos por levantar aquella casa en ruinas eran aún más divertidos que cualquier partido. Natalie hubiera podido ser la estrella en cualquier comedia de enredo.

Aquel día, su vecina estaba trabajando en el tejado. O, más específicamente, lo que hacía era intentar poner un plástico sobre el enorme agujero que dejaba la casa a merced de los elementos.

«Buena suerte, señorita», pensó con una sonrisa, como hacía cada vez que la veía atacar alguno de sus proyectos, con la torpeza de alguien que no ha trabajado con las manos en toda su vida. El día anterior había tardado horas en tapar las ventanas rotas con tablones. Primero los había medido mal, después se había machacado un dedo con el martillo y, por fin, había intentado pegarlos con cola. El resultado de la reparación era hilarante.

Y aquel día sería aún más difícil.

Cal la observó subirse a una escalera que había llevado del pueblo el día anterior en la baca del Volkswagen; un vehículo absurdo para vivir en las montañas. Pero Natalie Winthrop, bisnieta de un terrateniente y lo más parecido a una princesa que había visto nunca, no parecía tener mucho sentido común.

Y, siendo una mujer tan guapa, probablemente no había necesitado usar nunca su cerebro. Incluso Cal, que se consideraba inmune a la belleza superficial de las mujeres, tenía que admitir que su nueva vecina era un cañón.

Aunque su belleza no era la razón por la que la observaba todas las mañanas, se decía a sí mismo. La razón por la que espiaba a Natalie era para saber cuándo tendría de nuevo la montaña para él solo.

Y parecía que iba a ser pronto. Aquella mujer no tenía una sola posibilidad.

Estaba observando a Natalie subir torpemente al tejado, pero en su mente veía a Connie, su ex mujer. Ella también era una niña mimada y poco práctica, que había pensado que sería «divertido» vivir en las montañas. La había conocido en San Antonio y después de un noviazgo relámpago, Cal se había llevado a su deslumbrante novia a Heartbreak Ridge.

Naturalmente, la había advertido a Connie sobre los peligros de vivir en un sitio pequeño: el aburrimiento, por ejemplo. El mayor entretenimiento de la mayoría de los vecinos era ver la televisión. Solo había un restaurante y Jerry Lufkin, el propietario y cocinero, no sabía hacer más que hamburguesas y patatas fritas. Cal había advertido a su mujer sobre los viajes montaña arriba y montaña abajo para comprar cualquier cosa, sobre los inevitables cotilleos y el hecho de que todo el mundo en Heartbreak Ridge se sintiera orgulloso de saberlo todo sobre todo el mundo. Ella no pareció darle importancia, pero un mes después de la boda estaba desesperada.

Y, después de tres meses, Connie había empezado a insultarlo. Lo llamaba «policía del tres al cuarto». Le decía que estaba aburrida de Heartbreak Ridge, de la televisión y de él. Le decía que nunca llegaría a nada, que nunca haría nada importante porque su mundo era pequeño y provinciano. Y que si pensaba pasar el resto de su vida poniendo multas de tráfico a ella le daba igual porque no estaba dispuesta a vivir ni un día más con él.

Después de eso, se había marchado dando un portazo, dejando un frasco de Chanel número 5 como única evidencia de su estancia allí.

Cal había imaginado que aquello ocurriría tarde o temprano, pero lo que no había imaginado era que los insultos de Connie le harían tanto daño. Prácticamente todos los hombres de su familia habían elegido ser defensores de la ley, de modo que él se había hecho ayudante de su tío, el comisario Sam Weston y había creído que su vida sería ser comisario, casarse y tener hijos.

Pero, tras la marcha de Connie, Cal había empezado a pensar que se había equivocado al trazar su vida de forma tan simple.

Angustiado, había decidido tomarse un año sabático, dejando a todo el mundo sorprendido al abandonar su trabajo y encerrarse en la cabaña con una enciclopedia como única compañía.

Durante aquel año, Cal había llegado a una única conclusión: no quería compartir su montaña con una mujer descerebrada, tres perros, un gato y una cacatúa que se creía Pavarotti. No quería estar cerca de una mujer que le recordaba a Connie.

Final de la historia.

Cal tomó un trago de café. ¡Connie! Habían pasado semanas desde la última vez que pensó en ella. Pero aparecía Natalie Winthrop y, de repente, no podía quitarse a su ex mujer de la cabeza.

Eso era lo que las mujeres hacían a los hombres. Volverlos locos.

Cal no creía en el amor.

Aunque el amor había funcionado para su tío Sam. El comisario se había enamorado de una mujer que había conocido a través de Internet y, curiosamente, su matrimonio funcionaba. Por el momento. Incluso su hermano Cody se había enamorado como un loco de una chica del pueblo, Ruby Treadwell, y parecían muy felices.

Pero Connie lo había convertido en un escéptico.

Después de su matrimonio, Cal había llegado a ciertas conclusiones sobre el amor. Una de ellas era que convertía en mentirosa a la gente. Connie le había dicho que no le importaba vivir en las montañas, que podía vivir sin ponerse un vestido de diseño y que sería feliz simplemente leyendo un libro durante los fines de semana, siempre que estuvieran juntos.

Y el amor había hecho que Cal creyera aquellas palabras cuando el instinto le decía que Connie no sabía de qué estaba hablando. Connie siempre había vivido en la ciudad y durante su noviazgo nunca la había visto leer nada más sustancial que alguna revista de moda.

Mientras estaba dándole vueltas a aquellos pensamientos, Natalie desapareció.

Un segundo antes la estaba viendo en el tejado, pero había desaparecido. Lo único que veía era el trozo de plástico moviéndose con el viento.

Cal se levantó de un salto. ¿Se habría caído por el agujero?

Se sentía culpable, como si su desaparición hubiera sido la respuesta a sus deseos. Desde luego, quería a aquella mujer fuera de su montaña, pero no la quería muerta.

Rápido como un látigo, Cal corrió colina abajo para saber qué había sido de su vecina.

Mientras se quitaba el polvo de los pantalones, Natalie se maravillaba ante el increíble fracaso en que se había convertido su vida. En el espacio de un año, había pasado de la riqueza a la más absoluta de las pobrezas.

Un año antes no se habría preocupado por un tejado. ¿Un tejado? Ni siquiera sabía lo que era eso. No sabía que hubiera tanto material entre las tejas y el suelo. Y tampoco sabía que los techos se caían.

Seguía intentando levantarse del suelo cuando escuchó una conmoción en el piso de abajo. Primero un golpe en la puerta y después los ladridos de los perros y los gritos de Armand.

Justo lo que necesitaba. ¡Una visita!

Pues no pensaba abrir. Le dolía todo el cuerpo. Además, tarde o temprano la visita se marcharía o descubriría que la puerta no estaba cerrada con llave porque no quedaba una cerradura sana en la casa. Aquella era otra de las cosas que tendría que arreglar antes de que sus ricos amigos pagasen doscientos cincuenta dólares por pasar una noche en el elegante y exquisito hotel de Heartbreak Ridge…

Natalie sintió que una lágrima corría por su mejilla y ni siquiera se molestó en secarla. Estaba demasiado cansada como para moverse. De hecho, después de tres días intentando hacer aquella casa mínimamente habitable, después de tres días comiendo bocadillos y de tener que ducharse con agua mineral, se sentía derrotada.

Natalie escuchó unos pasos rápidos por la escalera.

–¡Natalie! Natalie, ¿te encuentras bien?

Ella abrió los ojos, sorprendida al escuchar una voz humana. Durante los últimos días la única voz que había escuchado además de la suya era la del propietario de la ferretería, que se limitaba a pronunciar monosílabos.

–¡Estoy en el ático!

Los pasos se acercaban y, tras ellos, Natalie podía oír las frenéticas pezuñas de sus perros. Estaba intentando incorporarse sobre un codo cuando el odiado Cal Tucker apareció en la puerta del ático.

–¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras bien?

Cinco segundos antes, Natalie habría contestado a aquella pregunta con un «no» rotundo. Por supuesto que no estaba bien. Llevaba tres días trabajando hasta la extenuación sin resultado alguno, tenía el pelo sucio y le dolía todo el cuerpo de dormir en el suelo. Además, había gastado más dinero intentando tapar los agujeros que en el sorteo para conseguir aquella casa.

Por no mencionar que acababa de caerse del tejado.

De modo que no, no se encontraba bien.

Pero no pensaba decirle eso a Cal Tucker, el vecino que llevaba

tres días sentado en su porche, observándola y, sin duda, rezando para que le ocurriera alguna desgracia.

Natalie se sentó de golpe… y sintió que la cabeza le daba vueltas.

–Estoy… bien.

–No lo parece.

–Entonces, ¿por qué preguntas si estoy bien?

–Porque cuando he entrado no tenías la cara verde –contestó él, tomándola en brazos.

–¡Suéltame! –exclamó Natalie. Pero Cal no la obedeció–. ¿Es que no me has oído?

–En caso de que no te hayas dado cuenta, te estoy ignorando.

¿Aquel hombre pensaba que podía entrar en su casa y tratarla como si fuera un Neanderthal? ¿Así era como se comportaban los habitantes de la montaña?

Cal la llevó a la cocina y la dejó en el suelo mientras Bootsy corría entre sus piernas.

–Estos chuchos tuyos son un incordio.

¡Chuchos! ¡Aquello sí que era un insulto!

–¿Cómo te atreves a entrar aquí, tratarme como si fuera un saco de patatas y después insultar a mis perros que, para tu información, no son «chuchos» sino perros con un extraordinario pedigrí? Bootsy es un terrier, Fritz un chihuahua y Mopsy un pastor inglés…

–¿Y sabes lo que tienen en común? –la interrumpió él–. ¡Que los tres son insoportables!

Natalie arrugó la nariz.

–Creí que los hombres de las montañas sentían afecto por los animales.

–Me gustan los animales cuando tienen un propósito. Pero estos chuchos son un adorno.

Natalie levantó la cabeza, furiosa. No pensaba dignarse a contestar un insulto dirigido a ella, pero insultar a sus perros…

–Para tu información, son excelentes perros guardianes.

–¿Por eso me han dado lametones cuando entré de golpe en la casa? –preguntó él, irónico. Cuando Natalie iba a replicar, Cal levantó una mano–. ¿Tienes agua?

–Solo queda un poco de agua mineral.

–¿Y la bomba?

–No funciona.

–¿Cómo que no funciona? Es manual.

–Te digo que no funciona.

–¿Seguro que lo has hecho bien?

–¡Claro que sí!

–Voy a echar un vistazo –suspiró el hombre de Cro–Magnon, dirigiéndose hacia la parte trasera de la casa.

Deseando ver a su insufrible vecino avergonzado, Natalie lo siguió y lo observó empujar la palanca de la bomba.

–Ya te dije que no funcionaba.

Mientras estaba allí de brazos cruzados, Natalie se permitió a sí misma por primera vez, como un científico que estuviera examinando un bicho a través de un microscopio, observar el increíble ejemplar masculino que era Cal Tucker. Los músculos de sus brazos y su espalda se marcaban debajo de la camiseta. Los vaqueros gastados se ajustaban a su trasero de una forma sorprendente. Qué pena que un cuerpo tan sexy perteneciera a un hombre tan desagradable…

Mientras lo observaba con curiosidad científica, ocurrió un milagro. De la bomba empezó a salir agua. Agua marrón, pero agua en cualquier caso. El orgullo herido de Natalie se mezclaba con una alegría desbordante.

–¿Cómo ha ocurrido? ¿Qué has hecho?

–Se llama «engrasar la bomba» –explicó él–. Hay que insistir un poco antes de que suba el agua. ¿No lo sabías?

Natalie se puso las manos en las caderas.

–Si lo hubiera sabido, lo habría hecho yo misma.

–El problema es que estás intentando hacer demasiadas cosas por ti misma. Demasiadas cosas que no entiendes.

Natalie se irguió sobre su metro sesenta.

–No es que no las entienda, es que no las he hecho antes. Pero puedo aprender. Se me da muy bien aprender.

Él soltó un suspiro de exasperación.

–No conoces a nadie aquí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. La molestaba hablar sobre su soledad con aquel hombre porque, durante aquellos días, había deseado con todas sus fuerzas hablar con alguien. Pero, aunque tuviera teléfono, ¿entendería Missy Pendleton lo cara que estaba la leña? ¿Y durante cuánto tiempo aguantaría Clarice Biddles, su compañera de universidad, una charla que no tuviera que ver con hombres o el club de campo?

–¿Cómo vas a reparar tu casa si no tienes a nadie que te enseñe? –insistió Cal.

–Tengo un libro.

Natalie entró en la casa y volvió a salir con un ejemplar de Las casas coloniales: todo lo que hay que saber. Lo había comprado en

Houston porque imaginaba que iba a necesitarlo.

–Esto no vale de nada –dijo Cal–. Es un libro de decoración.

–¿Y qué es lo que estoy haciendo?

–Cuando termines de reparar el tejado, poner cañerías, arreglar los cables de la luz y los techos, podrás ponerte a decorar.

–No tienes que decirme que tengo mucho trabajo. Eso ya lo sé.

Cal suspiró.

–Mira, no sé por qué estamos discutiendo.

–Porque tú has venido aquí a discutir.

–Eso no es verdad –le aseguró él–. Lo que pasa es que me he dado cuenta… bueno, me parece que necesitas ayuda profesional. Yo puedo darte algunos nombres, sobre todo de alguien que pueda arreglar el tejado.

Natalie pensó con rapidez. Se había gastado más dinero en tres días del que tenía presupuestado para varias semanas.

–No estoy segura… tengo que pensarlo. A lo mejor no te has dado cuenta, pero no se me está dando tan mal.

–Ya –murmuró él, poco convencido.

–Pero te pediré esos nombres si los necesito.

–Mira, no quiero meterme en tus asuntos, pero como hoy voy a bajar al pueblo… ¿por qué no dejas que te haga un favor y te instale unas cerraduras?

Natalie lo miró, sorprendida. Era el primer gesto amable que alguien de Heartbreak Ridge había tenido con ella y eso le hizo concebir esperanzas.

–¿Harías eso por mí?

Cal se encogió de hombros.

–Llámalo un regalo de bienvenida.

–Muchas gracias. La verdad es que aún no había pensado en las cerraduras porque tengo tantos problemas que resolver…

Cal sonrió y la sonrisa pareció casi amable.

Incluso bonita.

Ella sonrió también, pero apretó los dientes cuando se dio cuenta de cómo la afectaba la sonrisa de su vecino. El golpe debía haberla afectado.

–Nos veremos más tarde –dijo él–. Intenta no matarte hasta que vuelva.

–No te preocupes por mí. Yo seguiré aquí, vivita y coleando.

Ese era el problema. Que seguiría allí, viviendo al lado del guapísimo e irritante Cal Tucker hasta el día del juicio.

En el pueblo, Cal compró las cerraduras y después se acercó a la comisaría. Cuando entraba por la puerta, la secretaria de su tío, Merlie Shivers, lo miró con expresión de sorpresa.

–¡Vaya, por fin te dignas a visitarnos! ¿Qué has venido a decirnos, hombre sabio? –preguntó, con fingida reverencia.

Cal sonrió. Había trabajado como ayudante de su tío durante cuatro años y estaba acostumbrado a las bromas de Merlie.

–El final está cerca. ¿De verdad quieres pasar a la eternidad con ese peto vaquero?

Merlie soltó una carcajada.

–Prefiero pasar la eternidad con este peto que pasarla contigo –replicó la mujer–. ¿Por qué no te cortas el pelo y te afeitas? Quién sabe, es posible que vuelvas a sentirte como un ser humano.

–Eso es lo que me temo.

Su tío salió de la oficina y le dio un afectuoso golpe en la espalda.

–¿Qué te trae por el pueblo? ¿Dispuesto a volver al trabajo?

Sam siempre insistía en que volviera a trabajar con él y, en realidad, Cal sentía cierta nostalgia, pero no la suficiente como para volver a colocarse la estrella.

–Me lo pensaré –contestó. Sam sonrió, un poco desilusionado–. ¿Cómo está Shelby? –preguntó Cal, para cambiar de tema.

–Estupendamente. Deberías ir a visitarnos más a menudo. Lily está tan grande que no la vas a reconocer. Ya gatea.

Merlie soltó una risita irónica.

–La última vez que estuve chez Weston me tuve que tragar una película de media hora en la que Lily se comía un plátano.

Cal sonrió. Nunca dejaría de asombrarlo lo enamorado que Sam estaba de su mujer y de la hija de su mujer, Lily.

–Vamos, Merlie, no era tan aburrida –dijo su tío.

–Bueno Cal, ya que estás aquí, me gustaría saber si estás dispuesto a adoptar –dijo Merlie.

–¿Adoptar? –repitió él, sorprendido.

Merlie abrió un cajón y sacó una bolita de pelo naranja, con patas.

–A Tubb junior.

Instintivamente, Cal dio un paso atrás.

–¿Cómo ha ocurrido? Pensé que tu gato…

–¿Estaba castrado? Y lo está. Pero tendrás que admitir que se parece mucho a Tubb. A lo mejor son primos. En fin, me lo he encontrado en la puerta de mi casa –explicó la mujer–. Algún idiota me ha tomado por un alma generosa.

Sam le guiñó un ojo a su sobrino.

–No puedo imaginar quién habrá sido.

Todo el mundo en Heartbreak Ridge sabía que Tubb era el gato mejor alimentado y cuidado de Texas. Y que aquel gatito correría probablemente la misma suerte.

–Lamento desilusionarte, Merlie, pero no quiero gatos. Solo quería saber si conocías a alguien que buscara trabajo haciendo chapuzas.

–¿Qué clase de chapuzas?

–Pues… hacer algunas reparaciones en una casa –contestó él, sin dar más explicaciones. Si se enteraban de que estaba ayudando a su nueva vecina, estaba seguro de que no lo dejarían en paz.

Desgraciadamente, Merlie tenía el olfato de un perdiguero.

–¡No me digas que te has hecho amigo de la hotelera!

Sam se lo tradujo.

–Así es como la llamamos desde que pegó un panfleto diciendo que iba a convertir la vieja casa de la montaña en un hotel de lujo.

Cal hizo una mueca. Él mismo había recibido el plan de Natalie Winthrop con desprecio, pero había presenciado sus esfuerzos por hacerlo realidad. De hecho, estaba asombrado de que aún no se hubiera matado. Cal se había percatado de que, tres días después de llegar a Heartbreak Ridge, Natalie era una sombra de sí misma… más delgada, más desesperada e incluso más humilde.

–¿Cómo es, Cal? –preguntó Merlie.

Él sonrió.

–¿Cómo es eso de que si no tienes nada agradable que decir de alguien…?

–Ha bajado al pueblo varias veces, pero no ha hablado con nadie.

–Quizá es una chica tímida –dijo Sam.

–Os aseguro que habla mucho –sonrió Cal–. Y no es precisamente muy simpática.

–¿Y por qué quieres ayudarla?

Sam sonrió.

–Porque es muy guapa.

–¿Guapa? –repitió Cal, indignado–. Es normal y corriente.

–Pero tiene buena figura.

–Probablemente tenía un entrenador personal en Houston. Desgraciadamente, nadie la ha entrenado para tener sentido común.

Merlie soltó una carcajada.

–Tú no tienes prejuicios sobre las chicas de ciudad, ¿verdad, Cal?

Ante la no muy sutil referencia a Connie, Cal se puso pálido.

–Esta mujer es aún peor que Connie. No deja de hablar de un abuelo que era millonario y mira a la gente por encima del hombro.

Aunque seguía habiendo una cosa que lo sorprendía. Si era tan rica, ¿por qué no contrataba una empresa de reparaciones?

Pero, en realidad, eso no era asunto suyo.

Cal se preguntó por enésima vez qué demonios hacía pensando en los problemas de su irritante vecina. Se había apostado cien dólares con ella a que se marcharía antes de seis semanas y ganaría la apuesta.

El problema era que no podía quedarse de brazos cruzados mientras la veía a punto de matarse.

–Si no la ayudas, acabará marchándose –dijo Sam.

–Sería como dejar una ardilla herida en la carretera. Hay que matarlas o echarles una mano –suspiró Cal–. Y no creo que pueda matar a mi vecina.

–No, no creo –rio Merlie.

El problema era que, desde que había mirado aquellos ojos castaños llenos de fuego, había empezado a desear besarla en lugar de matarla. Y solo por eso deberían encerrarlo.

–Supongo que podrías preguntarle a Howard si necesita trabajo –dijo su tío.

–¿Howard Tomlin? –preguntó Merlie, sorprendida–. ¡Si ya no puede ni levantar un martillo!

–Está muy bien para tener setenta años.

Cal asintió. Howard Tomlin estaba retirado y hacía chapuzas para matar el tiempo. Seguro que trabajaría por poco dinero.

Natalie Winthrop podía aparentar que era una rica heredera, pero él tenía la sospecha de que la baronesa estaba arruinada.

–Gracias, Sam. Iré a hablar con él.

Pero aquella, se prometió a sí mismo, sería la última vez que le hacía un favor a su vecina. Howard y las cerraduras serían el primer y último regalo para Natalie Winthrop. Desde ese momento, la baronesa tendría que apañárselas sola.

Capítulo Tres

Cuando Natalie conoció a Howard Tomlin, su corazón se hundió como el Titanic.

Los cristales de sus gafas eran tan gruesos como los de las botellas de refresco y hablaba a gritos porque se le había olvidado ponerse el aparato en el oído.

Natalie no sabía qué hacer. No quería herir los sentimientos de aquel anciano, pero tampoco podía pedirle que se subiera al tejado.

–Yo… me temo que no puedo pagarle mucho –dijo, rezando para que el asunto del dinero diera por finalizadas sus relaciones contractuales con Howard.

–¿QUÉ?

Natalie respiró profundamente, armándose de paciencia.

–¡QUE NO PUEDO PAGARLE MUCHO!

El hombre parpadeó.

–CAL ME HA DICHO QUE USTED ERA UNA DE ESAS SE—ORITINGAS DE HOUSTON –gritó el hombre–. PERO NO CREA QUE VA A EXPLOTARME A CAUSA DE MI EDAD. CONOZCO MIS DERECHOS Y NO TRABAJO POR MENOS DE SEIS DÓLARES LA HORA.

¡Seis dólares la hora! La cantidad le pareció tan ridícula que Natalie se encontró a sí misma diciendo lo que no había querido decir: –ESTÁ CONTRATADO –gritó. Daba igual que Howard Tomlin estuviera medio ciego y no pudiera subirse a una escalera. El hombre le estaba tendiendo una mano y parecía más entusiasmado que si hubiera ganado el puesto entre cientos de candidatos–. ¿CUÁNDO PUEDE EMPEZAR?

Howard parecía irritado.

–SUPONGO QUE PUEDO EMPEZAR AHORA MISMO, YA QUE HE VENIDO HASTA AQUÍ. PODRÍA EMPEZAR POR LAS CERRADURAS.

Y, sin decir una palabra más, volvió hacia su furgoneta y sacó una caja de herramientas. Natalie recordó algo en ese momento.

–¡Señor Tomlin! ¡Señor Tomlin! –lo llamó. Pero no recibió respuesta–. ¡HOWARD! –gritó. El hombre se volvió–. LA CASA NO

TIENE ELECTRICIDAD. PUEDE QUE ESO DIFICULTE UN POCO LAS COSAS.

–¿ELECTRICIDAD? –repitió Howard haciendo una mueca–. NUNCA ME HA GUSTADO –añadió, dándose la vuelta.

Entonces le iba a encantar su casa, pensó Natalie. Estaba volviendo hacia el porche cuando lo escuchó cantar:

–«¡En el valle, en el valle, nos encontraremos una mañana hermosa!»

Natalie frunció el ceño. Y, además, cantaba a pleno pulmón…

Dentro de la casa, animado por aquel sonido, Armand empezó a cantar su aria favorita de Rigoletto. De los dos, la cacatúa tenía mejor voz.

Cal estaba esperándola en el porche, con los brazos cruzados.

–La baronesa y Howard Tomlin. Una pareja de cine.

–¿ES QUE…? –Natalie se aclaró la voz–. ¿Es que te pasas la vida riéndote de la gente?

–¡Acabo de echarte una mano! Aunque no tenía intención de hacerlo, la verdad.

–Yo creo que Howard es más bien tu arma secreta –murmuró ella.

–No te equivoques. Ese hombre puede arreglar cualquier cosa – rio Cal.

Natalie hizo una mueca. Había tantas cosas que arreglar en su vida…

–Gracias –dijo por fin–. No quiero parecer ingrata.

–De nada –sonrió él, mirándola como si conociera todos sus secretos–. Dime la verdad, ¿por qué has venido a Heartbreak Ridge, Natalie?

Ella lo miró, sorprendida.

–Creo que es obvio –contestó, señalando la casa–. Mi mansión.

–Lo siento, pero no me lo trago.

–No hay nada que tragarse, Sherlock Holmes. No hay ningún misterio. Me engañaron y ya está.

–Pero, ¿por qué una señorita de tan buena familia como tú se dedica a buscar casas en pueblos perdidos como Heartbreak Ridge? Eso es lo que no entiendo.

Ella se encogió de hombros, incómoda.

–¿Quién no está interesado en encontrar una mina de oro?

–Los ricos. Tú dices que eres rica, pero obviamente no lo eres.

¡Él lo sabía! Y, si no lo sabía, estaba a punto de averiguarlo. Aquella posibilidad la llenaba de temor.

–¿Y por qué piensas eso? –preguntó, levantando la barbilla.

–Porque no estarías viviendo aquí si tuvieras dinero para pagar un hotel. Conozco a las mujeres como tú.

Su tono despreciativo hizo que Natalie casi se pusiera a gritar.

–¿Y cómo sabes tanto? ¿Eres antropólogo?

–Prácticamente he hecho un máster en las mujeres de tu clase –replicó él.

«Su clase». ¿De qué estaba hablando? Natalie no sabía a qué se refería. ¿A las rubias? ¿A las mujeres que no sabían reparar tejados?

–Pues yo no conozco a los hombres de «tu clase». Lo único que sé es que crees que me voy a marchar de aquí derrotada y no va a ser así. Insultarme no va a acercarte a los cien dólares.

Cal sonrió.

–Ha sido por culpa de un hombre, ¿verdad?

–No sé de qué estás hablando.

–Un novio –clarificó él–. Un corazón destrozado que te ha hecho cambiar de vida. O quizá él te ha dejado y has decidido apartarte del mundo durante un tiempo.

Natalie tuvo un presentimiento.

–¿Por qué? ¿Es eso lo que te pasó a ti?

La expresión sorprendida del hombre le dijo que había acertado.

Natalie lo miró entonces a los ojos y le sorprendió la tristeza que vio en ellos. Algo terrible debía haberle ocurrido a Cal Tucker para crear aquella impenetrable barrera.

Pero ella sabía algo de eso. Su historia no la había convertido en una reclusa ni mucho menos, pero durante el último año había llevado una máscara para esconder su miedo.

¿Era eso lo que Cal sentía? ¿Miedo?

Natalie sintió remordimientos por haber despertado penosos recuerdos; después de todo, Cal la había ayudado y ella no quería hacerle daño.

–Lo siento, no debería haber dicho eso.

–Será mejor que me vaya –murmuró él.

–He dicho que lo siento.

–Ya te he oído.

Natalie se cruzó de brazos, furiosa. ¡Qué arrogante, qué infantil no aceptar una disculpa!

Cal se alejó sin decir una palabra y Natalie se quedó en el porche, sorprendida por las emociones que ella y su guapo vecino parecían despertar el uno en el otro.

–Una pena lo que le pasó a ese chico –dijo Howard, acercándose.

–¿QUÉ LE PASÓ? –preguntó ella, intentando no parecer interesada en los rumores sobre un vecino que no le importaba un

bledo.

–Le rompieron el corazón –contestó Howard con tristeza.

Los truenos y relámpagos parecían sacudir la montaña, pero solo eran un eco de los encontrados sentimientos que bullían en el interior de Cal desde que había hablado con Natalie Winthrop. Su insoportable vecina, debería añadir.

¡Intentaba ayudarla y ella lo insultaba! Su comentario había sido tan certero que se preguntaba si habría oído rumores en el pueblo sobre su ruptura con Connie. Incluso un año después del divorcio, aquella herida seguía abierta… ¡y tenía que ser la baronesa quien echara sal sobre ella!

¡De todos los ciudadanos del país, Jim Loftus tenía que haber elegido a aquella cursi! Cientos de personas habían entrado en el sorteo… ¿por qué no había elegido una pareja de mediana edad? ¿O a un tipo al que le gustara ir de pesca? ¿O alguien en su sano juicio?

Cal hizo una mueca cuando la lluvia empezó a golpear el tejado. El problema era que, en parte, se alegraba de que fuera Natalie quien ocupara la casa. Aquella ruina era justo lo que una mujer como ella se merecía. Ver cómo fracasaba iba a ser un placer. Incluso con la ayuda de Howard, no sería capaz de convertir esos escombros en un lugar habitable.

Ganar la apuesta con Natalie iba a ser casi mejor que si hubiera triunfado sobre Connie.

Aunque no estaba seguro de cómo podía haber «triunfado» sobre Connie. ¿Quería que volviera con él y le pidiera perdón de rodillas? No quería ni pensar en ello.

Un relámpago iluminó el cielo en ese momento y Cal se acercó a la ventana para mirar la casa.

Estaba completamente a oscuras, excepto por una pequeña luz en una de las habitaciones. Cal tuvo que sonreír al imaginar la triste escena… Natalie estaría encogida en la única esquina protegida de las goteras, si había alguna, con una vela en la mano. Se la imaginaba con el cabello rubio sobre la cara, los preciosos ojos castaños brillantes de terror. Estaría acariciando uno de esos chuchos peludos…

La sonrisa pronto se convirtió en una mueca. En su imaginación, el perrillo estaba temblando de miedo, gimiendo…

Cal se paró en medio de la habitación que servía como salón y cocina. El hielo que había alrededor de su corazón empezaba a derretirse mientras la imagen se volvía más y más real. La casa de

Natalie no tenía calefacción, ni chimenea, ni luz, ni un lugar seco. El viento que golpeaba las ventanas sin cristales sería suficiente para asustar hasta al más curtido vecino de Heartbreak Ridge…

Cal se dirigió hacia la puerta, maldiciéndose a sí mismo en voz baja por ser tan tonto mientras se ponía el impermeable. Aquella mujer infernal no debería estar allí… ¡y él no tenía por qué sentir compasión por ella! Pero la sentía y no iba a poder dormir hasta que comprobase que Natalie Winthrop estaba bien.

La tormenta era tan fuerte que el camino entre su casa y la de Natalie parecía a punto de desaparecer bajo el agua.

Cal saltó de la furgoneta y cuando llamó a la puerta, en la que Howard había instalado una cerradura, los perros empezaron a ladrar como locos.

–¿Quién es? –preguntó Natalie.

–Soy yo. ¡Abre la puerta!

Cuando Natalie apareció ante él, Cal tuvo que disimular su turbación. Llevaba una vieja camisa de franela y un pantalón de deporte y parecía tan desdichada como él había imaginado. La habitación olía a humedad y a otro aroma que le resultaba familiar.

Cal olisqueó el aire, mirándola.

–¿Qué perfume llevas?

–Chanel –contestó ella, sorprendida.

¡El mismo perfume que Connie! Aquello lo hizo desear salir corriendo, pero Cal permaneció donde estaba.

A la luz de la vela, su piel parecía aún más perfecta. Pero su pelo estaba desordenado y unas delgadas clavículas asomaban por el cuello de la camisa. Era como un duende.

–Vamos –dijo Cal, tomándola del brazo.

–¿Dónde? –preguntó ella, sin moverse.

–A mi casa –contestó Cal–. Toma lo que necesites para esta noche y vámonos.

Para su sorpresa, Natalie no discutió.

–Muy bien. Tú lleva la jaula y yo intentaré encontrar a Winston. Le dan pánico las tormentas.

–¿Perdón?

Natalie parpadeó, alarmada.

–¡No puedo dejarlos aquí!

–Solo será esta noche.

–Pero míralos –insistió ella, señalando a los temblorosos animales. Cal no se había equivocado al imaginar la escena–. ¡Están muertos de miedo!

–Mi casa solo tiene dos habitaciones.

–Pues la mía tiene dos metros cuadrados habitables, así que imagínate. Además, Armand no debería tener que soportar esta humedad… es mala para él.

–¡Es un pájaro!

–¡Un pájaro tropical! Su hábitat nativo es la selva… –empezó a explicar Natalie–. Mira, vamos a dejar de discutir. Lleva la jaula a mi coche, yo voy a buscar a Winston –añadió, dando el asunto por zanjado.

Cal murmuró algo mientras la oía subir por la escalera llamando al gato. Natalie Winthrop iba a convertir su casa en un zoo.

Los perros empezaron a saltar a su alrededor y Cal pisó al chihuahua sin querer. El gemido del animal hizo que la cacatúa se pusiera a cantar algo parecido a lo que cantaban los famosos tres tenores.

–Que Dios me ayude –musitó Cal mientras salía por la puerta–. Intento rescatar a esta mujer y termino aprendiendo ópera de un pájaro.

–En caso de que no lo haya dicho antes, gracias por invitarnos a venir –dijo Natalie, sentada en el sofá, con una taza de té en la mano. Después de pasar varios días comiendo cosas frías, una taza de té era como una bendición. Bootsy y Friz estaban tumbados a su lado y Mopsy se había hecho una bola sobre la alfombra–. ¿La casa es tuya?

Habían colocado una toalla sobre la jaula de Armand, de modo que el único sonido era el crepitar de la leña en la chimenea.

–Es una cabaña de caza.

–Ya veo.

Natalie hizo una mueca, mirando la cabeza de ciervo que colgaba sobre la chimenea. ¡Pobre Bambi!

–Espera… no me lo digas. No te gusta la caza.

Ella sonrió, intentando recordar que era una invitada. Si estuviera en Japón, aceptaría pescado crudo sin darle una charla sobre las bacterias a su anfitrión. Y suponía que las mismas buenas maneras eran necesarias cuando se trataba de un anfitrión tan bárbaro.

–Supongo que matar animales es tu pasatiempo.

Cal soltó una carcajada.

–Lo que imaginaba, un corazón blando. Pero supongo que habrás comido gamo en algún restaurante de cinco tenedores.

Natalie temió que su rubor la hubiera delatado.

–Yo nunca lo he pedido… –empezó a decir. Aunque la verdad era que había saboreado un delicioso filete de gamo en una fiesta el mes anterior. Y en su banquete de boda iba a servirse ternera. Desde el punto de vista de un corazón blando, comer ternera era descender al nivel de Atila.

–¿Ocurre algo?

–No. Solo estaba pensando.

–Sobre ese hombre, ¿verdad?

–¿Qué hombre? –preguntó Natalie, sorprendida.

–El que te abandonó. No puedes dejar de pensar en él.

Aparentemente, era Cal quien no podía dejar de pensar en él.

–Para tu información, no me ha dejado ningún hombre. He sido yo quien lo ha dejado.

Cal hizo una mueca de disgusto.

–Debería haberlo sabido.

–Además, no era eso sobre lo que estaba pensando. Casi nunca me acuerdo de Jared.

–¡Jared!

–Era el nombre de mi prometido. Jared Huddleton.

–¿Por qué lo abandonaste?

–¡Eso no es asunto tuyo! –exclamó Natalie. No se atrevía a admitir que lo había abandonado por aquella casa; la casa en la que no podía dormir porque estaba llena de goteras–. Además, es una historia muy larga.

Cal sonrió.

–La noche es joven. ¿Estabas a punto de casarte con ese Jared?

–Faltaban unas dieciséis horas –contestó ella. Cal la miró, atónito–. Pero fue lo mejor. Nuestro matrimonio hubiera sido un desastre.

–Ya veo.

–Me di cuenta de que no lo amaba.

–Entonces, ¿por qué ibas a casarte con él?

–Pensé que… que sería beneficioso para mí.

–Ya lo entiendo. Él estaba forrado, pero al final no pudiste hacerlo –dijo Cal. Natalie no quiso darle explicaciones. Su rostro probablemente lo decía todo–. Las mujeres nunca dejan de asombrarme. Abandonan a un tipo unas horas antes de la boda y después sienten pena de sí mismas.

–No sabía que yo representaba a todo mi género –replicó ella–. ¿Siempre has sido tan hostil con las mujeres?

–Es una cosa más bien reciente –murmuró Cal, tomando un sorbo de té.

–Desde que te dejó tu mujer.

–¿Quién te lo ha contado?

–Howard. Parece que hasta él sabe que has estado aquí recluido, llorando tus penas. Y, sin duda, estabas esperando que llegara otra mujer para ventilar tu rabia con ella. ¡Debiste alegrarte mucho al verme!

–¡Alegrarme! –exclamó Cal–. ¿Crees que disfruto de que hayas estropeado mi tranquilidad?

–Has sido tú el que me ha invitado a pasar la noche aquí.

–¡Y mira lo que pasa! He terminado con una casa llena de animales y una mujer indiscreta que insiste en hablar de mis problemas.

–¿Quién ha empezado a hacer preguntas?

–Tienes razón –suspiró él.

Natalie se recordó a sí misma que Cal, a su manera, intentaba ser agradable. Y, además, debería sentirse agradecida por pasar la noche en un sitio seco y calentito.

–Estoy un poco cansada. Lo mejor será que me vaya a dormir.

Cualquier cosa mejor que seguir discutiendo.

–Muy bien.

Cuando él se levantó, Natalie no pudo evitar una mirada de admiración a los músculos que se marcaban bajo su camiseta. Cal era naturalmente atlético y parecía muy cómodo en su piel.

Era lo que había dentro de su cabeza lo que la preocupaba.

Natalie forzó una sonrisa.

–¿Dónde voy a dormir?

Cal señaló el sofá.

–Ahí.

¡Un sofá! Sería un millón de veces mejor que el suelo pero… Natalie había visto la cama de matrimonio, con un colchón que parecía medir dos metros y se le había hecho la boca agua.

Pero Cal Tucker no era un caballero.

–Muy bien, baronesa. Felices sueños –dijo él, después de darle sábanas y mantas.

A Natalie la irritó el mote, pero intentó que no se notara.

–Buenas noches.

Una vez entre las sábanas, dejó escapar un suspiro. Aquella era la cama más blanda en la que había dormido desde que salió de Houston. Quizá incluso tendría felices sueños.

Pero cuando cerró los ojos, no podía dejar de ver los músculos de Cal bajo su camiseta… y recordaba que aquel maravilloso cuerpo estaba a solo unos metros de ella en una cama de matrimonio…

Capítulo Cuatro

Antes de amanecer, Armand empezó a cantar un aria de Rigoletto. Medio dormido, Cal se dio la vuelta y… se encontró con una cara llena de pelos. Cuando abrió los ojos, sorprendido, vio que era Mopsy, que lo miraba con ojos tiernos.

–¿Qué es esto?

Un segundo después, otros dos pares de ojos lo miraban, los diminutos del chihuahua y… los ojos adormilados de Natalie.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, bostezando.

Cal saltó de la cama con la velocidad de un cohete de la NASA y la miró, atónito.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Necesitaba dormir en alguna parte.

–¿Y qué ha pasado con el sofá?

–No estaba mal hasta que Bootsy se subió encima. No te puedes imaginar lo que ronca ese perro. Es normal, claro, es un terrier…

–Estupendo.

–Bootsy es pequeño, pero siempre quiere tumbarse en el medio.

–¿No me digas? –murmuró él, intentando no mirar el precioso cuerpo tumbado sobre su cama.

–No te he robado mucho sitio, Cal.

–¿No?

Natalie miró a Mopsy, riendo.

–¿Cómo se ha subido aquí?

–¡Obviamente, has dejado la puerta abierta!

–¿Siempre estás así de gruñón por las mañanas?

–¡Solo cuando encuentro mi cama invadida por dos bolas de pelo! –exclamó él. Lo que no mencionó era que verla con la camisa cayéndole sobre un hombro lo estaba sacando de quicio. Desde la otra habitación, la cacatúa se lanzó a cantar otro coro de ópera–. ¿Hay alguna forma de callar a ese pájaro?

Natalie levantó la barbilla al famoso estilo Winthrop.

–No me gusta tu tono.

–Y a mí no me gusta que te tomes tantas libertades.

Natalie sonrió.

–No estás acostumbrado a compartir tu cama, ¿verdad?

–Con perros, no.

–¿Y con mujeres?

Cal frunció el ceño mientras ella deslizaba la mirada por sus calzoncillos y su torso desnudo.

–Escucha, Natalie, yo no soy ningún santo. Y como tienes un cuerpo que parece hecho para tentar los apetitos de un bárbaro, yo que tú saldría corriendo hacia el sofá en este mismo instante.

Incluso en la oscuridad Cal pudo ver que ella se ponía colorada.

–Si te vas a poner así… Tampoco es que me haya lanzado a tus brazos.

Él dejó escapar un suspiro.

–Lo sé.

Natalie tomó a Fritz en brazos y salió de la habitación con toda la dignidad de la que era capaz.

–Si hubiera sabido que ibas a ponerte así, jamás habría entrado en tu habitación. ¡Perdón por las molestias!

Natalie cerró de un portazo y Cal tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo tras ella y pedirle disculpas. Pero era absurdo; era él el ofendido. Era él quien le había ofrecido su hospitalidad y él quien tenía que escuchar ópera a las cinco de la mañana.

Además, sería amable más tarde, a una hora decente. Eso sería menos doloroso que disculparse.

Cal volvió a meterse en la cama y se cubrió la cabeza con las mantas, decidido a no escuchar los graznidos de Armand, hasta que se dio cuenta de que no llegaba ningún sonido del salón. Natalie debía haber vuelto a colocar la toalla sobre la jaula.

En eso era diferente de su ex mujer. Si Cal le hubiera echado en cara que no podía dormir, Connie sencillamente habría hecho más ruido. Por supuesto, Connie nunca habría tenido perros, ni gatos y mucho menos una cacatúa. No se la imaginaba limpiando una jaula. Aunque tampoco podía imaginarse a Natalie. Seguramente un ejército de criados haría esas tareas por ella.

Pero en aquel momento no tenía criados…

Cal miró al techo, intentando imaginar cómo una mujer rica y mimada como ella había terminado en un sitio como Heartbreak Ridge. La ruptura con ese prometido suyo debía de haber sido sonada. ¿Qué otra cosa podía haberla hecho esconderse en un sitio tan pequeño?

Cal intentó imaginarse a Jared, un tipo elegante y seductor, con el pelo engominado. Después imaginó a Natalie tal y como la había

visto el día anterior después de caerse del tejado e intentó contrastar esa imagen con la de una mujer comprometida con ese hombre. Algo no cuadraba. Cal no quería darle demasiado crédito a la baronesa, pero aunque era una niña mimada, no era la típica tonta detestable.

¿O lo era?

Natalie no había visto tanta comida congelada en toda su vida. Cal tenía suficientes cosas en el congelador como para dar de comer a un ejército y más cerveza de la que Jared había pedido para su despedida de soltero.

Aquel recuerdo de su vida, su boda y el hombre que había dejado atrás hizo que se le escapara un suspiro. Se sentía como una tonta, desaprovechando un novio estupendo… ¿para qué? Para ser la invitada de un hombre de las cavernas, con las maneras de un gañán.

Qué lista.

Jared nunca le había hablado como lo había hecho Cal. Jared era un hombre paciente para quien incluso sus defectos eran encantadores. De hecho, nunca se habían peleado y Jared jamás le había levantado la voz.

Natalie frunció el ceño. Había algo raro en todo eso, pero no podía decir qué. Jared siempre era algo impaciente con los demás; con el mecánico que arreglaba su Mercedes, con los amigos que se marchaban sin pagar la cuenta, ese tipo de cosas… pero nunca, en ninguna ocasión había parecido irritado con ella.

¡Y no había sido capaz de enamorarse de él! ¿Era tonta o qué?

No debería estar pensando esas cosas.

Comida. Necesitaba comida. Natalie sacó una pizza congelada y la metió en el horno. Después, cortó un pomelo por la mitad y se dispuso a hacer café.

Afortunadamente, no se le daba mal preparar el desayuno. Cal obviamente la consideraba una inútil, pero cuando saliera de su dormitorio y encontrase el desayuno esperándolo iba a llevarse una sorpresa.

Por supuesto, Natalie no quería pensar demasiado en cómo deseaba verlo salir del dormitorio. Se había quedado sin habla al verlo en calzoncillos. ¡Y Cal le había dicho que ella tenía un cuerpo que tentaría a un bárbaro! Aquel hombre era lo más sexy que Natalie había visto fuera de una pantalla. De hecho, apostaría cualquier cosa a que el cuerpo de Cal estaba más definido que el de

muchas estrellas de cine.

Y su temperamento también le recordaba a algunas estrellas de cine. Desgraciadamente, a los que solían salir en televisión para explicar sus peleas con los periodistas.

Unos minutos después escuchó ruido en el dormitorio de Cal y se sentó, sorprendida por el ritmo furioso de su pulso. Que tuviera un cuerpo bonito no cambiaba el hecho de que tenía la personalidad de un oso. ¡El aire de las montañas debía haber empezado a subírsele a la cabeza para sentir deseo por un hombre como Cal Tucker!

–¿Qué es esto? –preguntó Cal, entrando en la cocina con una camisa de cuadros y los ajustados vaqueros que Natalie conocía tan bien.

–El desayuno –contestó ella–. ¿No tienes hambre?

Cal hizo una mueca al ver la pizza, pero no se quejó.

–Se me olvidó comprar huevos cuando estuve en el pueblo.

Dada la amabilidad de su tono, Natalie supuso que aún no estaba despierto del todo.

–No importa.

Cal apenas habló mientras se tragaba la pizza, el pomelo y dos tazas de café.

–¿Qué vamos a hacer hoy, baronesa?

Ella hizo una mueca, por el mote y por la implicación de que iban a pasar el día juntos.

–No sé lo que vas a hacer tú, pero yo me voy a casa.

–¿Has mirado por la ventana? Sigue lloviendo.

–Tengo cosas que hacer.

–Pues espero que seas un anfibio porque tu casa estará llena de agua.

Pensar que la casa estaría en peores condiciones que por la noche hizo que Natalie sintiera un escalofrío. Pero no podía estar peor. Era imposible que estuviera peor.

–¿Y Howard? Dijo que vendría esta mañana.

–Howard no es tonto. No aparecerá hasta que deje de llover. Además, el camino hasta tu casa estará impracticable.

Natalie suspiró.

–Pero no puedo quedarme aquí.

–¿Por qué no? ¿Es que no lo pasamos bien juntos?

¿Estaba de broma?, pensó ella. Y, lo más asombroso, ¿de verdad quería que se quedara?

Natalie se cruzó de brazos y lanzó sobre el hombre una mirada escéptica.

–Me encanta tu compañía, pero ¿y mis animales? Necesitan comida.

Cal se levantó y sacó un par de latas de carne.

–Armand puede comer galletitas por un día, ¿no?

–Sí, pero… ¿de verdad quieres que nos quedemos?

Cal pareció pensárselo un momento.

–La verdad es que no, pero si volvieras a tu casa me quedaría preocupado. Que te cayeras del tejado ya me ha hecho perder suficiente tiempo –contestó por fin. Natalie lo miraba como si estuviera a punto de ponerse a gritar–. Te llevaré a tu casa en cuanto deje de llover.

–Muy bien… si no te molesto.

–¿Cómo podrías no molestar en una cabaña tan pequeña?

Natalie se levantó de un salto.

–Si crees que…

Cal puso la mano sobre su hombro para calmarla, un gesto que consiguió el efecto contrario. Cierto, Natalie dejó de hablar. Pero el roce de la mano del hombre era todo menos tranquilizador.

–¿Por qué eres tan susceptible?

–No soy susceptible –contestó ella, mirando la mano del hombre con cara de pocos amigos.

Cal la apartó y se quedó mirándola, incómodo. Y Natalie deseó darse de tortas por haberlo mirado con desaprobación. Se había quedado sin el calor de aquella manaza y lo echaba de menos.

–Bueno… ¿qué sugieres que hagamos? –preguntó, después de unos incómodos segundos–. ¿Tienes alguna película?

–No.

–Podemos ver la tele.

–No tengo televisión.

Natalie miró alrededor, sorprendida.

–¿Y qué sueles hacer?

Cal sonrió, señalando un montón de libros.

–Estoy leyendo la enciclopedia.

–¿En serio? ¿Para qué?

–Quizá porque no fui a la universidad. Es una forma de recuperar el tiempo perdido.

La respuesta hizo que Natalie sonriera.

–Supongo que también es por eso por lo que hay tanta cerveza en la nevera. En la universidad se bebe mucho.

–Me gusta tener la nevera llena porque bajo poco al pueblo.

–Ayer bajaste. ¿Lo hiciste por mí? –preguntó ella. Para su sorpresa, Natalie creyó ver que el hombre se ruborizaba.

–No del todo. Tenía que… atender un asunto.

Pero Natalie tenía la sospecha de que ese asunto habría esperado si no hubiera sido porque ella necesitaba ayuda y sintió una punzada de agradecimiento.

–¿Por dónde vas en la enciclopedia?

–Por la jota –sonrió él.

–Ah, eres un primerizo –rio Natalie–. El mundo real acaba de empezar para ti.

–Me gustaría mantenerme alejado del mundo real durante el mayor tiempo posible.

Ella inclinó la cabeza, pensativa.

–¿Qué eras en el mundo real?

–Ayudante del comisario.

Aquella era una respuesta que Natalie no había esperado.

–¡No me lo creo! –exclamó–. ¿Tú, un policía?

–Ex policía. Me retiré el año pasado.

–Cuando… –empezó a decir ella.

–Cuando mi mujer me abandonó –terminó Cal la frase.

Natalie entendía su necesidad de cambiar de vida después de aquel desengaño amoroso. ¿Cómo habría sido su mujer? ¿Y por qué lo habría abandonado? Tenía que haber sido algo traumático para que Cal se apartara del mundo.

Pero Natalie prefirió no seguir preguntando.

–¿Qué tal si jugamos a las cartas?

Cal se apartó como si ella acabara de sugerir que bailaran sobre carbones encendidos.

–¡No, gracias!

–¿No te gusta jugar a las cartas?

–Mi hermano empezó a jugar a las cartas con una chica y dos meses después se había casado.

–¿Y terminó mal?

–Aún no ha terminado.

–¿Quieres decir que están felizmente casados?

–Pues sí. Si a vivir en un mundo irreal lo llamas felicidad, supongo que se podría decir que son felices.

Natalie sonrió.

–O sea, que aunque la gente sea feliz, Cal el sabio, el viejo búho insiste en que no son realmente felices, ¿no es eso?

El búho la miró con cara de lobo.

–Puede que sean felices, pero en mi experiencia la mayoría de los matrimonios duran poco tiempo.

–¡Eres un caso! –exclamó ella–. De modo que no quieres jugar a

las cartas por si acaso ocurre una desgracia y te conviertes en un hombre feliz.

–Algo así.

Asombroso.

–¿Tienes alguna sugerencia?

–¿Qué tal si le enseñamos a ese pájaro tuyo a cantar algo que merezca la pena?

Cal puso baladas en el tocadiscos, pero la cacatúa respondía con un perplejo silencio, como si pensara que Cal estaba loco. Era muy deprimente.

A la una, Natalie miró hacia la ventana y sonrió.

–¡Ha salido el sol!

Un segundo después, los dos estaban pegados a los cristales como dos niños, mirando el cielo como si llevaran cuarenta días y cuarenta noches recluidos en aquella casa.

–Debería marcharme a casa.

La idea de que Natalie se fuera debería haber hecho feliz a Cal. Los perros habían soltado pelos por todas partes y estar encerrado con ella durante tantas horas estaba despertando su libido de una forma alarmante. Se sentía demasiado atraído hacia ella. No podía dejar de recordar cuánto se parecía a Connie y lo similares que eran sus pasados, pero cada vez que la miraba, Connie era lo último que había en su mente. En lo único que podía pensar era en pasar los dedos por su pelo, en poner su boca contra los labios rosados de ella, en sentir el cuerpo femenino pegado al suyo…

Obviamente, estaba perdiendo la cabeza. Como si cantar baladas para que las aprendiera un pájaro no fuera suficiente evidencia.

–Te ayudaré –murmuró.

Después de meter a los animales en la furgoneta, tomaron el camino que llevaba a la casa.

–Qué raro… –murmuró Natalie en el porche.

–¿Qué pasa? –preguntó él, dando un paso hacia la puerta. Pero Natalie se lo impidió, poniendo una mano en su brazo. El picaporte había sido forzado.

Cal la apartó de la puerta para alejarla de cualquier peligro, aunque dudaba de que el visitante siguiera dentro. Probablemente habría ocurrido la noche anterior, mientras estaban durmiendo.

–No ha podido ser Howard porque tiene llave –dijo Natalie.

–Créeme, antes sospecharía de Fritz que de Howard.

–Entonces, ¿quién puede haber sido?

–Quédate aquí.

–¿Sola? ¿Estás loco? ¡Voy contigo!

Natalie se llevó la mano a la boca cuando vio el interior de la casa. Todo estaba empapado y el intruso había roto algunas ventanas que no estaban rotas antes. La casa era, más que nunca, un auténtico desastre y cuando terminaron de inspeccionar todas las habitaciones Natalie temblaba de rabia y de miedo.

–¿Quién puede haber hecho esto? –susurró–. ¿Quién?

–No tengo ni idea –contestó Cal–. Pero no puede ser nadie del pueblo.

–¿Estás insinuando que he traído conmigo una ola de delitos?

–Sí, claro –replicó él, irónico–. Te has traído una banda de la mejor sociedad de River Oaks, de los que primero se hacen la pedicura y después conducen durante diez horas para entrar en una casa vacía. Eso era justo lo que estaba pensando.

Su intento de bromear fue contestado con una mirada furiosa.

–Quizá ha sido cosa de niños. ¿No crees? –preguntó Natalie. Pero Cal no podía imaginar a ningún niño de Heartbreak Ridge tan malo como para hacer eso. Ni tan tonto–. Después de todo, tú has insinuado que la gente del pueblo se ríe de mí. ¿Cómo has dicho que me llaman?

–La hotelera.

–Ese podría ser el problema. Quizá alguien no quiere que abra un negocio en Heartbreak Ridge.

Cal la miró con simpatía.

–Aquí no hay ningún otro hotel, Natalie. No es que tengas un rival.

Y tampoco tenía un hotel, desde luego. Ni siquiera la esperanza de tenerlo.

–Pero si no es un niño o una persona que esté furiosa conmigo, ¿quién ha podido ser?

–Eso es lo que tenemos que averiguar. Vamos.

–¿Dónde?

–A casa –contestó él–. La cerradura está rota y no puedes dormir aquí esta noche.

Natalie miró las huellas de barro en el suelo.

–Parece que eso no ha sido impedimento para mi visitante nocturno.

–Podemos poner una puerta nueva.

–Una más fuerte –murmuró ella, desalentada.

Volvieron al coche y subieron de nuevo hacia la cabaña. Nunca en un millón de años se habría prestado Cal voluntario para pasar

más tiempo con Natalie y su zoo particular, pero no tenía más remedio. Se sentía furioso, protector y, francamente, sorprendido.

Había sido ayudante del comisario durante varios años, pero Heartbreak Ridge no era precisamente un sitio peligroso. Cal solo había tenido que investigar un par de robos en tiendas, con el dinero como motivo principal. ¿Creería alguien que Natalie tenía dinero guardado en su casa? Aquella era una posibilidad.

Una vez sentados de nuevo en el salón con una taza de café en la mano, Cal decidió que debía empezar a hacer averiguaciones.

–¿Sabes si te han robado algo? –preguntó. Natalie negó con la cabeza. Seguía pálida y asustada y Cal tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar la taza de café y tomarla en sus brazos–. ¿Nada de valor?

–Nada. Mis joyas están en el maletero del coche.

–Supongo que también es ahí donde guardas tu dinero.

Natalie rio con amargura.

–¿Qué dinero?

–Obviamente tienes dinero o no estarías intentando convertir esa vieja ruina en un hotel –dijo Cal. Ella se puso colorada–. ¿No es así?

–Bueno, la verdad es que tengo algo de dinero. Quince mil dólares.

–¿En efectivo? –preguntó él sorprendido. Si Natalie iba por ahí con tanto dinero en el maletero, era más tonta de lo que había creído.

Pero ella negó con la cabeza.

–No, está en el banco.

–¿Quieres decir que quince mil dólares es todo el dinero que tienes en el mundo?

Tampoco era una cantidad irrisoria, pero… ¿para una baronesa?

–Me temo que sí –contestó ella, más desalentada que nunca.

–Pero ¿y tú bisabuelo, el terrateniente?

–Le dejó una fortuna a mis ancestros y ellos a mí.

–¿Y qué has hecho para convertir esa fortuna en unos pocos miles de dólares?

Natalie suspiró.

–Se ha esfumado.

–¿Todo tu dinero? –preguntó él, incrédulo.

Natalie negó con la cabeza.

–Mira… es una historia muy larga. ¿Quieres la versión larga o la versión reducida?

–Quiero que me lo cuentes todo, desde el principio.

–Vale. Pero tendrás que hacer más café.

Durante una hora, Cal escuchó la historia del corrupto administrador y los esfuerzos de Natalie por esconder el hecho de que estaba arruinada. Durante el último año, no había dado un solo paso que no fuera absurdo e insensato.

–¿Y por qué no buscaste un trabajo?

–¿Qué podría haber hecho?

–Todo el mundo sabe hacer algo. Y tú tienes un título universitario.

–En historia del arte –murmuró ella–. Un campo en el que no hay precisamente muchas posibilidades de trabajo.

–Podrías haber intentado hacer otras cosas… como trabajar en una tienda.

–Yo no sé usar una caja registradora.

Cal miró al techo.

–Habrías aprendido en una hora, Natalie. Y de ese modo habrías podido conservar algunas de las posesiones de tu familia.

–No hubiera ganado suficiente dinero. Y, además, ¿quién me pagaría a mí por hacer nada? –suspiró ella. Cal miró aquellos profundos ojos oscuros y se dio cuenta de algo. Natalie podía ser una baronesa, pero tenía un gran complejo de inferioridad. Su confianza en sí misma estaba muy deteriorada–. ¿Y qué habrían dicho mis amigos? ¡Me habrían abandonado!

–¡Menudos amigos!

Natalie levantó la barbilla.

–No te he contado mi historia para que te rías.

–Muy bien –suspiró él–. Al menos ahora sé por qué estás aquí. Y puedo imaginarme quién vendría al hotel que quieres abrir… todos esos «amigos» que te negarían la palabra si supieran que no tienes dinero.

Natalie se cruzó de brazos.

–Por eso soñaba con abrir el hotel.

–Natalie, no quiero ser un aguafiestas, pero no puedo imaginar que Heartbreak Ridge se convierta en un paraíso para turistas.

–Porque el pueblo aún no tiene ningún atractivo.

–Francamente, a mí no me gustaría tener un montón de extraños correteando por la montaña. ¿Y a ti?

–No creo que tenga que preocuparme por eso.

Cal frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–No pensarás que voy a vivir aquí durante el resto de mi vida, ¿verdad? Lo único que quiero es poner en marcha el hotel y cuando esté funcionando, lo dejaré en manos del director. Si es un éxito,

quizá intentaré abrir otro hotel en Santa Fe o en el sur de Francia.

–¿Qué?

–Nunca podría vivir aquí –siguió Natalie–. No hay nada que hacer, ni gente…

–En Heartbreak Ridge hay sesenta personas que se quedarían muy sorprendidas si supieran que no existen –la interrumpió él.

–Pues eso es lo que quería decir. ¡Sesenta personas! Eso no es nada. Aunque, claro, para este tipo de hotel rural el ambiente es perfecto.

Cal se preguntaba cómo se tomaría Merlie, por ejemplo, el haber quedado reducida a la categoría de «ambiente».

–¿Quieres decir que los vecinos de Heartbreak Ridge no son más que un instrumento para tus planes? ¿Algo así como los actores que van disfrazados de ratón en Disneylandia?

Natalie pensó durante unos segundos.

–Más o menos –dijo por fin–. Es una buena comparación.

Cal tuvo que hacer un esfuerzo para no echarla a patadas de su casa. ¿Como Connie? Natalie era un millón de veces peor que Connie. Al menos, su ex mujer había hecho un pequeño esfuerzo. Había fracasado, pero sus primeras intenciones eran buenas. La baronesa, por otro lado, lo veía todo como un escenario de cartón piedra del que estaba deseando escapar cuanto antes. Cal se sentía enfermo.

–¿Ocurre algo? –preguntó ella.

–No. Tú lo has dejado todo muy claro.

–Pero seguimos sin saber por qué hay alguien que quiere hacerme daño.

No lo sabían, pero Cal empezaba a entenderlo. Pensar que había sentido simpatía por ella, que se había sentido atraído hacia ella… y durante todo el tiempo Natalie lo había estado imaginando paseándose por el hotel disfrazado de indio.

Tenía que salir de allí, apartarse de Natalie y de sus ojos castaños y de ese aspecto inocente que escondía un corazón de hielo.

–Tengo que irme.

–¿He dicho algo malo? –preguntó ella, sorprendida.

–No –contestó él, poniéndose la chaqueta.

–¿Dónde vas?

–Al pueblo –contestó Cal, apretando los dientes. ¿Cómo conseguía tocar su corazón a pesar de ser una pesadilla, una niña mimada y caprichosa sin escrúpulos?–. Volveré pronto.

–¿Cal? –murmuró ella, tocando su brazo.

–¿Qué?

–Gracias por todo lo que estás haciendo por mí.

Su voz, suave y llena de emoción, lo tocó en lo más hondo. Un hombre de menos carácter se habría dejado llevar. Un hombre más débil se habría sentido atraído hacia ella.

Pero él no.

Por Dios, él no.

Gruñendo una despedida, Cal se dio la vuelta y salió de la cabaña.

Capítulo Cinco

No debería estar haciendo aquello. Y, sin embargo, allí estaba, incapaz de alejarse de los problemas de Natalie Winthrop.

Cal miró a su tío, que le devolvió una mirada llena de ironía. Natalie Winthrop representaba todo lo que él detestaba y, si tuviera un poco de sentido común, se alejaría de ella tanto como pudiera. Quizá debería irse a Honolulú con Jim Loftus.

Pero, en lugar de eso, se encontraba a sí mismo dándole explicaciones a su tío.

–Es que no puedo soportar quedarme de brazos cruzados mientras le hacen daño, Sam.

Merlie, que estaba sentada frente a su escritorio cotilleando como era su costumbre, soltó una carcajada.

–Ya, ya.

–¿Qué esperas que haga? ¿Que me quede en mi cabaña sin hacer nada?

–Cal tiene razón. Esto hay que investigarlo. Iré a echar un vistazo.

–Natalie piensa que a alguien en Heartbreak Ridge no le hace gracia que vaya a abrir un hotel.

–¡Pues eso te dice lo bien que nos conoce! –exclamó Merlie–. Nadie se ha interesado tanto por nada desde que nuestro comisario se buscó una esposa en Internet. Solo por el cotilleo, la hotelera vale su peso en oro.

–No creo que la idea de que hablen de ella le haga mucha gracia.

–Sí, parece un poco creída.

El comentario de Merlie lo hizo pensar. Quizá la gente del pueblo no había sido muy simpática con ella… y quizá por eso ella los veía como un mero instrumento para llevar a cabo su plan. O quizá, solo quizá, él estaba buscando excusas.

–¿Natalie no sabe quién puede querer hacerle daño? –preguntó Sam.

–No. El administrador, el detective que le está sacando dinero… ¿por qué iban a ir tras ella?

–Es el novio –dijo Merlie.
–¿Por qué lo dices?
–Porque lo dejó plantado y quiere venganza.
–Eso solo pasa en Los ángeles de Charlie.
Merlie se cruzó de brazos.
–Ya sabes que el asesino siempre es el mayordomo. O el novio.
–En el caso de Natalie, no lo creo. Ese hombre seguramente estará saltando de alegría por haberse librado de vivir con un zoo –replicó Cal.
Sam golpeó el escritorio con los dedos.
–Me pregunto si esto tiene algo que ver con el sorteo.
–¿Quieres decir que alguien que perdió la casa puede estar intentando ahuyentarla? –preguntó Cal.
–Eso es.
–No lo creo –intervino Merlie–. Después de ver la casa, se habría dado cuenta de que, en realidad, se había librado de una gorda.
–Además, en el sorteo participaron más de quinientas personas. ¿Cómo podríamos encontrar al responsable? Especialmente con Jim escondido en Honolulú.
–Merece la pena investigar un poco. Intentaré ponerme en contacto con Jim.
–¿Por qué no le dices que no hay moros en la costa? –rio Merlie–. Me gustaría ver qué cara pone cuando se encuentre con la Winthrop. En una pelea mano a mano, ¿quién crees que ganaría, Cal?
–Natalie es más fuerte de lo que parece –sonrió él.
–Espero que no tengamos que llegar a eso –dijo Sam–. Pero haré lo que pueda para hablar con Jim esta noche.
–¿Quieres que limpie el polvo de tu escritorio, Cal? –preguntó Merlie–. Sería un alivio tenerte por aquí de nuevo.
–No voy a volver. Pero tampoco me gusta daros problemas con esa vecina mía.
–Como quieras –murmuró ella, subiéndose las gafas–. Pero aféitate esa barba de una vez. Pareces un mamut.
–Están extinguidos, Merlie.
–Pues como no te la quites, alguien va a creer que se ha encontrado con un fósil viviente.
Cal se pasó la mano por la cara. Quizá debería hacerle caso… pero no quería que Natalie pensara que lo hacía por ella.

Cuando Natalie bajó a reunirse con el comisario en el porche, se

quedó impresionada. Sam Weston era un hombre alto, delgado y guapo como un comisario de las películas en blanco y negro. Gary Cooper en carne y hueso. De hecho, se habría sentido atraída por aquel hombre si Cal no hubiera estado a su lado.

Cal, que se había cortado el pelo y afeitado la barba.

Natalie no podía apartar los ojos de él. Con barba y pelo largo era un hombre tremendamente atractivo, pero afeitado era increíble. Llevaba el pelo todavía un poco largo, pero tan limpio que le hubiera gustado acariciarlo. Y, sin la barba, la mandíbula cuadrada y los labios firmes hacían que se derritiera. ¡Pero si se parecía a Brad Pitt!

¿Lo habría hecho por ella?

Natalie se regañó a sí misma por aquellos pensamientos. Para empezar, desde que había llegado, Cal evitaba su mirada. Algo parecía haberlos distanciado. Natalie hizo una mueca al recordar la forma superficial y frívola en la que había hablado del pueblo. Por supuesto, no pensaba de verdad que la gente de Heartbreak Ridge fueran meros extras para su hotel. La cuestión era que no los conocía. Para ella, solo eran gente que la miraba sin decir nada y que murmuraba cuando se daba la vuelta.

Y la verdad era que tenían un aspecto rústico…

Pero tendría que disculparse. ¡Ella y su bocaza!

Cuando entraron en la casa, Cal señaló a su tío los daños que había causado el intruso.

–Cal me ha contado que su administrador la ha estafado.

–Me temo que sí. Pero no creo que él tenga nada que ver con esto. Malcolm Braswell ha desaparecido con mi dinero y estará viviendo como un rey ahora mismo.

–¿Y el detective que contrató? ¿Cómo se llama?

–Lester Bysbee.

–¿Cuándo fue la última vez que supo de él?

–Hace dos meses me dio el último informe. Dijo que había encontrado una pista de Braswell en Bahamas.

–Eso es muy vago.

–Es lo que yo le dije. Después lo informé de que no podía seguir pagándole a menos que me diera algún resultado y esa fue la última vez que supe de él.

–Tengo un amigo en la policía de Houston que podría darnos alguna información sobre Bysbee y Braswell –dijo Sam–. Joe Teller.

–Merece la pena intentarlo –dijo Cal.

Cuando terminaron de inspeccionar la casa, Sam y Cal salieron al porche.

–He visto esas huellas de neumáticos en alguna parte –dijo Cal, señalando el suelo.

–No son tan grandes como las de una furgoneta –dijo Sam, echándose el sombrero hacia atrás, pensativo–. Y ni siquiera sabemos cuándo entró el intruso.

–Tuvo que ser por la noche –murmuró Cal–. Si hubiera sido de día, lo habríamos oído.

Natalie recordó algo en ese momento.

–Espera un momento. ¿Recuerdas que estabas enseñando a Armand a cantar baladas? Puede que con el ruido no lo oyéramos.

El comisario miró a su sobrino, sorprendido.

–¿A quién estabas enseñando a cantar?

Cal miró al cielo.

–A mi cacatúa –contestó Natalie por él.

–Ya te dije que anoche me llevé a Natalie y sus mascotas a casa –explicó Cal, con cara de querer dejar el tema.

–Cal estaba intentando enseñar a Armand a cantar baladas.

–Una tarea muy interesante –sonrió Sam.

–Lo es, sobre todo porque Cal no soporta que lo despierten con ópera. Debería haber visto su cara cuando Armand empezó a cantar Rigoletto. Prácticamente se tiró de la cama.

Sam la miró, confundido.

–¿La cacatúa?

–No, Cal.

El comisario miró a su sobrino.

–¿Estabas durmiendo con un pájaro?

–No, Armand estaba en el salón. En la cama estábamos Cal y yo y…

–¿No tienes que volver a casa, Sam? –la interrumpió Cal–. Shelby se estará peguntando dónde estás.

¿Por qué se sentía tan avergonzado?, se preguntaba Natalie. Su tío debía saber que el corazón de Cal estaba acorazado. Se lo imaginaba en el bar del pueblo hablando mal de todas las mujeres, especialmente de ella, delante de todo el mundo.

–No habrás ido a la tienda mientras estabas en el pueblo, ¿verdad? –preguntó Natalie cuando Sam se despidió.

Él la miró con una expresión poco amistosa. Pero estaba tan guapo… incluso cuando estaba enfadado.

–¿Tienes hambre?

Ella asintió. Hambre de él, podría haber dicho.

Cal suspiró.

–Podríamos ir a comer algo.

Natalie prácticamente saltó de alegría. ¡Ir a comer algo! Aquello sonaba casi como algo civilizado. Le parecía que habían pasado años desde la última vez que había puesto el pie en un restaurante.

–¿Vamos al restaurante del pueblo?

Por su expresión, uno creería que había sugerido una barbaridad.

–¡No!

Natalie frunció el ceño. Quizá la comida en Heartbreak Ridge era peor de lo que había imaginado.

–¿Y dónde vamos a ir? –preguntó–. Lo digo porque tendré que decidir qué me pongo.

–¿No tienes unos vaqueros?

–Los tenía. De Donna Karan.

–¿Y qué ha sido de ellos?

–Los usé para tapar un agujero en la pared.

Cal se quedó pensativo.

–Quizá deberíamos ir a comprar las cosas que necesitas. Bombillas, un calefactor…

–¿Para qué? No hay electricidad. Yo creo que lo más importante ahora es arreglar el tejado. Pero no puedo decirle a Howard que se suba. Me daría miedo.

Cal suspiró.

–De acuerdo. Lo haré yo.

–¿Tú? ¿Sabes hacerlo?

–Yo le puse el techo a mi cabaña.

Ella lo miró, asombrada. ¿Un ex comisario que sabía reparar tejados? Aquel hombre no dejaba de sacar conejos del sombrero.

–No podría pagarte demasiado.

–No vamos a preocuparnos de eso ahora.

–Pero tengo que hacerlo –protestó ella–. A menos que desees librarte de mí con tal intensidad que quieras hacerlo gratis.

–No es eso…

Cal no terminó la frase y Natalie sospechó que sí era eso.

–Vale, agradezco tu oferta –dijo, cruzándose de brazos.

–Estupendo. Pues vámonos. Y no te preocupes por tu atuendo. No voy a llevarte a un restaurante de cinco tenedores.

Aquel hombre era insufrible.

Desgraciadamente, también poseía una sonrisa que hacía que su corazón se lanzara al galope.

El problema con las mujeres, uno de los problemas, pensaba Cal,

era que no tenían sentido común. Allí estaba él, comprando herramientas para arreglar su tejado y Natalie buscando juguetes para los perros, objetos de decoración…

En aquel momento estaba mirando una palmatoria con forma de cactus.

–¿No es preciosa?

Cal la tomó del brazo.

–Creí que tenías hambre –murmuró. Lon Wallis, el dueño de la tienda, no perdía detalle. Debería haberla advertido a Natalie de que todos sus movimientos eran espiados para convertirse después en la comidilla del pueblo.

–Estoy muerta de hambre.

–Pues cuanto antes terminemos aquí, antes podremos comer.

Natalie dejó la palmatoria con desgana.

–Vale, pero si no te importa que te lo diga, a tu casa le irían bien unos detalles.

–Y a ti te vendría bien tener un tejado, así que vámonos.

Cal tiró de su brazo, pero sabía que sería un milagro si llegaban al mostrador sin pararse de nuevo.

–¡Mira!

Cuando Cal se volvió, Natalie tenía en las manos una pelota de baloncesto.

–No me digas que necesito hacer deporte.

–¿Por qué no? –sonrió ella, haciendo girar la pelota sobre un dedo con sorprendente habilidad–. Así tendrías algo que hacer, además de espiar a tu vecina.

–No se puede jugar solo al baloncesto.

–Yo puedo jugar contigo.

–Sí, claro –sonrió él, irónico.

–¡Agárrala!

Antes de que Cal se diera cuenta, la pelota lo golpeó en el pecho con fuerza.

–¿Qué haces?

–Jugaba al baloncesto en la universidad.

–Ya veo.

–Y también al hockey sobre hierba –dijo ella, sin ninguna modestia.

Cal dejó la pelota en la estantería como si fuera un arma letal.

–Vamos a ver qué tal se te da calcular medidas para tu tejado.

Natalie suspiró, desilusionada.

–Aguafiestas.

Aquella vez, Cal la llevó hasta el mostrador donde Lon los

esperaba con una sonrisa en los labios. Sin duda, al día siguiente todo el pueblo conocería el episodio del pelotazo.

–¿Qué puedo hacer por vosotros?

Durante un cuarto de hora, Natalie se quedó callada mientras Cal pedía material para reparar el tejado, poniéndose pálida al ver cómo iba aumentando la cuenta.

–Y esto es solo para el tejado –la informó él mientras Natalie firmaba un cheque.

–Ahora entiendo lo que estás intentando hacer. Estás intentando ganar la apuesta arruinándome.

Cal sonrió.

–Solo estoy intentando ayudarte.

–Librándote de mí, más bien –gruñó ella. Lo terrible era que, mirándola en aquel momento, apoyada en el mostrador con aquella carita, Cal se daba cuenta de que no quería librarse de ella en absoluto. Incluso después de haber decidido que era la mujer más exasperante que había conocido nunca. De hecho, miraba sus labios y casi podía sentir que su cuerpo se inclinaba hacia ella por voluntad propia–. ¿Cal? –los labios que estaba mirando acababan de pronunciar su nombre, pero él se había quedado perdido en sus pensamientos–. ¡Cal!

–¿Te encuentras bien? –preguntó Lon.

–Tengo hambre. Vámonos.

Cuando salieron de la tienda, las luces del único restaurante de la ciudad acababan de apagarse y Cal sintió cierto bochorno por vivir en un pueblo en el que todo cerraba a las ocho de la tarde.

Natalie suspiró, desalentada.

–Bueno, no importa.

–La verdad es que pensaba llevarte a otro sitio.

–¿Dónde?

El restaurante más cercano estaba a diez kilómetros, pero Cal se lo había prometido. Fueron hasta Tavern, donde esperaba que pudieran cenar con relativa tranquilidad, pero no tuvieron esa suerte. Todos los parroquianos parecían ser amigos suyos.

–Conoces a todo el mundo, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

–Después de pasar años poniendo multas de tráfico, lo normal es conocer a mucha gente.

Natalie sonrió y después procedió a pedir la mitad del menú: filete con verduras, patatas, ensalada y dos postres. Cuando estaba terminando la segunda porción de tarta de zanahoria, él debía estar mirándola como un búho porque Natalie dejó de comer, un poco

avergonzada.

–¿Qué? –preguntó, con los carrillos llenos.

–Creí que eso del baloncesto era una broma, pero veo que sigues comiendo como si tuvieras que entrenar.

Natalie tragó con esfuerzo.

–No suelo comer tanto. Antes, cuando Gary cuidaba de mí…

–¿Gary? –la interrumpió Cal–. ¿Quién es Gary?

–Mi entrenador personal.

Cal dejó escapar un suspiro de alivio. No sabía por qué.

–¿Jugabais juntos al baloncesto?

–No. Hacíamos pesas. Dejé el baloncesto después de la universidad, pero no me separo de la tele cuando hay un buen partido.

Cal se apoyó en el respaldo del asiento. A veces, cuando estaba solo, pensaba que le gustaría estar acurrucado en el sofá con una mujer, viendo un buen partido y tirando palomitas a la pantalla cada vez que el árbitro señalaba una falta equivocada.

Una mujer a la que le gustase el baloncesto.

Cal se dio cuenta entonces de que estaba mirando la preciosa cara de Natalie con algo parecido al anhelo. Por segunda vez aquella noche. ¿Cómo podía haber pasado del desprecio al deseo de una forma tan rápida? No había besado a una mujer, ni siquiera deseado a una mujer en un año y esa mujer había sido su esposa.

Estupendo. Traumatizado por Connie, había esperado un año entero para querer besar a otra mujer y la única que encontraba le recordaba precisamente a Connie.

Pero Natalie no era Connie. ¿Quién era?

–Cal, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras mal?

–No –contestó él, seco–. Termina tu café.

–¿Es algo que he dicho?

–No.

–Es por lo que dije esta tarde sobre la gente del pueblo, ¿verdad? –preguntó. Cal no sabía de qué hablaba, pero ella tomó su silencio por una afirmación–. Perdóname, Cal. Hablar de Heartbreak Ridge como si fuera Disneylandia… gente rústica. No sé por qué digo esas cosas. Quizá me siento un poco celosa.

–¿Por qué? –preguntó él, sorprendido.

–Porque parece una comunidad tan unida y yo nunca he tenido eso. Bueno, en la facultad los compañeros estábamos muy unidos, pero no es igual. Aquello era por dinero, por la clase social y esto es… por las raíces. Tengo la impresión de que nunca me aceptarían.

Cal hubiera querido decirle que era verdad, que no habría sitio

para ella, que nunca la aceptarían, que debería volver a su mundo y alejarse de aquella gente rústica.

–La gente de Heartbreak Ridge es más amistosa de lo que crees –dijo, sin embargo–. Pero tienes que hacer un esfuerzo.

Aunque no estaba seguro de que fuera cierto. No se imaginaba a Natalie cenando en el pequeño restaurante de Heartbreak Ridge, ni pegando tiros a un montón de latas, ni peinándose en la pequeña peluquería de Althea.

–No soy una engreída –dijo ella–. Tienes una mala opinión de mí y sé por qué.

–¿Por qué?

–Porque te niegas a reconocer que te gusto –dijo Natalie, cruzándose de brazos.

–¿También eres psicóloga?

–¿Nunca has tenido ganas de besarme? –preguntó ella, arrogante.

–¡No! –exclamó él. Dustin Hoffman no habría actuado mejor, pero Natalie lo miró, incrédula–. ¿Y tú?

–Claro. Esta mañana. Estabas muy mono en calzoncillos.

«Mono».

–Será mejor que nos vayamos –dijo Cal sin mirarla. De repente, la necesidad de salir de allí era apremiante.

Durante el camino de vuelta, no podía dejar de pensar en aquella palabra: «mono». Al principio, no sabía por qué lo molestaba tanto, pero después se dio cuenta. «Mono» era como las mujeres llamaban a los niños y a los cachorros. «Mono» no demostraba deseo, sino ganas de darle un pellizco en la mejilla.

Él no quería darle un pellizco en la mejilla. Cuando Cal pensaba en besarla no había nada inocente en ese pensamiento.

Media hora después habían llegado frente a la casa y Cal pensó despedirse sin bajar del coche, pero algo… su calor, quizá su perfume, lo excitó de forma increíble. No habían dicho una palabra durante todo el camino y tampoco lo hicieron en ese momento. Solo un gemido de sorpresa cuando sus labios rozaron los de Natalie.

Un segundo después, estaba entre sus brazos. Y le gustaba. Le gustaba muchísimo. Los labios femeninos eran cálidos e invitadores y ella parecía disfrutar del abrazo tanto como él. Natalie enredó los brazos alrededor de su cuello, gimiendo cuando él abrió sus labios sabiamente con la lengua.

Mientras la besaba, Cal se perdió en su perfume, en la suavidad de su pelo, en el leve movimiento de su cuerpo contra el suyo. Aquello era una bendición después de haber mantenido guardada

bajo llave durante días la atracción que sentía por ella.

Y, sin embargo, su deliciosa respuesta era un peligro porque sus cuerpos parecían estar hechos el uno para el otro. Cal la atrajo hacia sí con más fuerza, apretando las caderas femeninas contra su enfebrecida entrepierna.

Y Natalie volvió a gemir, sin mostrar signos de resistencia. De hecho, empezó a acariciar uno de sus muslos, haciendo saltar una alarma dentro de su cabeza.

Cal se apartó, prácticamente jadeando por el esfuerzo que le costaba no hacerle el amor allí mismo. Y no le resultó más fácil cuando miró los ojos castaños oscurecidos de deseo.

–Oh, Cal… –murmuró Natalie–. Esto ha sido…

–¡Un error! –exclamó él.

Natalie se quedó rígida.

Cal podría haber definido aquello con un millón de adjetivos: increíble, fantástico, emocionante. Pero si lo hubiera hecho, habría ocurrido algo de lo que más tarde se arrepentiría. Algo como hacerle el amor a Natalie hasta el amanecer. Algo como involucrarse con la última mujer en el mundo con la que deseaba tener una relación.

–¿Qué?

–Ha sido un error, Natalie.

Ella lo miró con tristeza.

–Ah, ya veo.

–¿Qué es lo que ves?

–Aparentemente, soy demasiado para ti.

Cal miró al cielo.

–¿Por qué las mujeres hacen que todo sea tan complicado? Simplemente, no deberíamos haberlo hecho.

–Muy bien. No hace falta que digas más.

Cal suspiró.

–Mira, lo siento. Pero sería mejor que no hubiera pasado.

–A pesar de que te sientes atraído hacia mí.

–Eso es –dijo Cal, sin pensar. En el rostro de Natalie apareció una sonrisa de triunfo–. ¡Quiero decir no!

–Esto hace que la situación sea muy interesante.

–¿Qué situación?

Natalie sonrió de nuevo.

–Dormir en la misma casa, separados solo por una puerta.

Capítulo Seis

Aquella puerta, sin embargo, permaneció cerrada.

Pero eso no significaba que hubieran olvidado el beso.

Especialmente Natalie. ¿Un error?

Ella no podía pensar en nada tan maravilloso como el beso que habían compartido. Si algo había sido un error, era que Cal le hubiera permitido ver una parte de sí mismo que mantenía escondida. Su corazón. Natalie sospechaba que eso era lo que lo preocupaba.

Pero que pensara que el beso había sido un error no le impedía arreglarle el tejado. Él, Howard y Natalie trabajaron sin descanso durante una semana y, por las tardes, Cal iba a la comisaría para estudiar junto con su tío los nombres del resto de los participantes en el sorteo.

Y durante todo aquel tiempo, a pesar de que el beso había sido un error y a pesar de que ella era una pesadilla, Cal le permitió quedarse en su casa. Incluso había insistido en que durmiera en su habitación. A pesar de sus gruñidos, Natalie se dio cuenta de que lo hacía por galantería.

De hecho, Cal era un hombre galante.

Él habría muerto antes que admitirlo, pero bajo aquella apariencia hermética había un Sir Galahad. Natalie guardaba aquello en su corazón como un niño guarda un preciado secreto.

Sin embargo, lo que realmente la emocionaba era que, gracias a la ayuda de Cal y Howard, estaba empezando a pensar que su sueño de convertir aquella casa en un hotel podría hacerse realidad. Los había ayudado con el tejado y, después de algunas contrariedades, como algún que otro resbalón, Natalie había aprendido a cortar madera y a colocar tejas. ¿Quién se lo habría podido imaginar? Aunque tampoco estaba a punto de dejar a los carpinteros sin trabajo…

Pero había algo maravilloso, emocionante en aquello. Era como si, por primera vez en su vida, se sintiera… útil.

Nunca se había imaginado a sí misma, una Winthrop, siendo útil. Los Winthrop no eran útiles, no hacían cosas, simplemente

eran. Y allí estaba ella, haciendo cosas con las manos. Ella, que no había cambiado una bombilla en su vida, era capaz de subirse a un tejado y colocar una teja. Ojalá tuviera fotografías para enseñárselas a sus amigos cuando aquello hubiera terminado.

Si terminaba alguna vez. Su idea de abrir un hotel y volver después a Houston estaba empezando a parecerle cada vez más lejana. Para empezar, había muchas cosas que hacer y además no estaba segura de querer dejar el hotel en manos de un extraño. No podía imaginarse haciendo eso como no podía imaginarse teniendo un hijo y dejando que lo cuidara la niñera.

Y luego estaba Cal. Aunque pudiera parecer extraño, no se podía imaginar en Houston, sin él. Y tampoco podía imaginarse a sí misma con él en Houston. Sería como un pez fuera del agua. Solo imaginarlo en River Oaks, o en una villa en la Riviera la hacía sonreír. ¿Cal cambiando sus vaqueros por un Armani? ¿Su sombrero tejano por una gorra de golf? Él era parte de Heartbreak Ridge como lo eran los árboles o los caballos.

Por supuesto, ella también podría convertirse en una parte de Heartbreak Ridge. Y eso había dejado de asustarla. Lo que la asustaba era que su cuenta corriente adelgazaba más cada día.

Y, además de los problemas económicos, estaba Cal para aumentar su angustia.

¿Qué iba a hacer?

–Quizá estamos investigando en el sitio equivocado –dijo Sam, preocupado–. No puedo dejar de pensar que el administrador es el responsable de todo este asunto.

Cal estaba mirando los papeles que Sam había conseguido sacar de casa de Jim Loftus con una orden de registro. Pensándolo bien, la idea de construir un hotel no era más descabellada que otras sobre una plantación de mangos, una granja de visones o un grupo religioso llamado a sí mismo «Los fundadores del reino de Texas».

En realidad, podría haber terminado siendo vecino de algún loco de remate.

–¿Alguna noticia de nuestro hombre de Houston?

Sam negó con la cabeza.

–No. Joe no me ha llamado todavía, pero sé que hay otras denuncias contra Malcolm Braswell. Aparentemente, Natalie no es su única víctima.

–No me sorprende.

Cal odiaba a Malcolm Braswell, como odiaba a cualquier otra

persona que la hubiera hecho daño, incluyendo a Jim Loftus. De hecho, se sentía muy protector con Natalie. El día anterior se le había puesto el corazón en la garganta cuando había estado a punto de caerse del tejado. Cada vez que se daba un golpe o se machacaba un dedo con el martillo, algo en su pecho se encogía. Lo cual era extraño porque cada día estaban más distanciados. De hecho, Natalie ni siquiera lo miraba.

Un poco demasiado distanciados para su gusto. Echaba de menos su sonrisa y su conversación; echaba de menos la camaradería que se había establecido entre ellos.

¿Cómo podía explicarse eso?

La campanilla que había sobre la puerta del restaurante sonó ruidosamente, pero no tanto como el saludo de Merlie.

–¡Pero si son Starsky y Hutch! –exclamó la mujer dirigiéndose hacia la mesa.

–No te metas con ellos, Merlie. Están hablando de trabajo –dijo Jerry Lufkin, el propietario del restaurante.

–O a lo mejor Cal está hablando de su amiga, la hotelera –sonrió Amos Trilby, el farmacéutico.

–No es mi «amiga» –replicó Cal.

–Eso no es lo que hemos oído. Lon nos ha contado que la otra noche en la tienda parecíais pegados con pegamento.

Cal levantó los ojos al cielo.

–Natalie y yo estábamos jugando con una pelota.

–¿Ahora la llamas Natalie? –rio Amos.

–Es que se llama Natalie. No pretenderás que la llame «hotelera».

–Especialmente si estáis… bueno, ya sabes.

–No lo están. Solo viven en la misma casa –intervino Jerry.

Cal miró a Sam con expresión furiosa. Tenía que haber sido él quien lo había contado, pero su tío se encogió de hombros.

–Howard cenó aquí la otra noche. Estaba preocupado por que tú ensuciaras la «virtud» de Natalie.

Jerry y Amos soltaron una carcajada.

–¡Por favor! –exclamó Cal, poniéndose colorado–. Está viviendo conmigo porque su casa es inhabitable. Solo es por conveniencia.

Jerry sonrió.

–Desde luego, es muy conveniente. Y muy cómodo.

–¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que hablar de Natalie Winthrop?

Jerry se encogió de hombros.

–Muy bien, Cal. No volveremos a mencionarla.

–Y entonces, ¿de qué vamos a hablar? –preguntó Amos.

Merlie soltó una carcajada.

–Muy bien, Romeo, vamos a cambiar de tema. ¿Quieres adoptar a mi gato o no?

–No me digas que sigues intentando cargar a alguien con esa bola de pelo –gruñó Cal.

–Eres la única persona en Heartbreak Ridge que no tiene animales.

–Además de tener el zoo de la hotelera, tengo a mi caballo.

–Un caballo es diferente –se encogió Merlie de hombros–. Además, si alguien no se lleva pronto a Junior, voy a tener que llevarlo a la perrera.

Cal hizo una mueca. Sabía que en la perrera tenían que sacrificar a los animales porque no había suficiente gente que quisiera adoptarlos. Pensar que aquel pobre gatito tuviera que morir solo por su egoísmo…

Cal suspiró, resignado.

–Está bien. De acuerdo.

Debería haber dejado que siguieran hablando de Natalie.

Natalie estaba haciendo números por enésima vez aquella noche cuando oyó la furgoneta de Cal. Un minuto después, él entraba por la puerta con una sonrisa de oreja a oreja.

Al verlo, las preocupaciones de Natalie desaparecieron como por ensalmo.

–¿Qué pasa? ¿Habéis encontrado al intruso?

La sonrisa de Cal desapareció.

–No. Hablaremos de eso más tarde. Pero ahora quiero darte una sorpresa.

–¿Qué sorpresa? –rio ella, encantada.

Cal le pidió que se diera la vuelta y cerrara los ojos y, unos minutos después, le dio un golpecito en el hombro.

–Ya puedes abrirlos.

Ella siguió sus instrucciones y cuando los abrió, se puso a dar saltos de alegría. En las manos, Cal tenía el gatito más gordo que había visto en su vida.

–¿De dónde lo has sacado?

–Merlie me ha convencido para que lo adoptara –explicó él–. Se llama Junior. ¿Te importa?

¿Importarle? Natalie estaba encantada. Lo que le extrañaba era que Cal hubiera adoptado un animal cuando llevaba una semana

quejándose de que su casa parecía un zoo. ¿Indicaría eso un cambio de actitud hacia ella? Quizá empezaba a gustarle vivir en un zoo… o quizá solo había querido hacer algo por Merlie.

O por ella.

Natalie no se atrevía a concebir esperanzas. No podía, como decía Cal, complicar las cosas demasiado.

–Tenemos que hablar sobre lo del intruso –dijo Cal un rato después.

Aunque casi habían pasado dos semanas del incidente, el recuerdo seguía poniéndola nerviosa.

–¿Tenéis alguna pista?

–Ninguna. Pero Sam ha querido que te traiga esta lista de nombres para ver si te suena alguno.

Natalie echó un vistazo a la lista, pero los nombres le sonaban tan extraños como si estuviera leyendo la guía telefónica.

–No me suena ninguno. ¿Qué hacemos ahora?

Cal se encogió de hombros.

–Seguimos intentando encontrar a Braswell y Bysbee. Pero aún no sabemos nada.

–Eso no me sorprende. Y tampoco me sorprendería si estuvieran compinchados.

Cal suspiró.

–Parece que no te importa demasiado.

–He pasado un año entero angustiándome y llega un momento en que las cosas dejan de ser tan importantes.

Cal frunció el ceño, pero no dijo nada.

Natalie intentó alegrar un poco el ambiente. Y no era difícil, teniendo un gatito nuevo en la casa.

–Vamos a cenar. He descongelado un poco de pollo.

Mientras preparaban la cena, todas sus preocupaciones sobre dinero e intrusos desaparecieron. Quizá era porque Cal era tan fuerte, tan competente… era como si nada malo pudiera pasarle cuando estaban juntos. Vivir con él era como tener su propio servicio de seguridad. O quizá el hecho de que fuera tan guapo la distraía de sus problemas. Pasaba más tiempo recordando los labios de Cal que al hombre que había entrado en su casa. Se sentía avergonzada de cuánto lo deseaba, de cómo saltaba su corazón cada vez que pensaba en él. ¡Era como si se estuviera enamorando!

Lo cual era, por supuesto, imposible. Ella nunca había estado realmente enamorada en toda su vida. Por eso había dejado a su novio plantado en el altar. Pero había imaginado que, cuando se enamorase apasionadamente de alguien, sería en un ambiente más

propicio. En un restaurante de cinco tenedores, con velas, tomando un sorbo de vino mientras él acariciaba su mano o algo así. No en una cabaña con los restos de un pollo cocinado con sal y pimienta.

¿Estaba enamorada? ¿Podría haber ocurrido lo imposible?

–¿Ocurre algo? –preguntó Cal.

Ella parpadeó, sobresaltada.

–No.

–Entonces, ¿qué te pasa? Tienes los ojos brillantes. ¿Estás enferma?

Natalie negó con la cabeza.

–No. De hecho… –empezó a decir, poniéndose colorada. ¿Qué debía hacer? Si él pensaba que besarla había sido un error, la idea de enamorarse de ella no sería precisamente como para dar saltos–. Es solo que… he pensado una cosa, Cal.

–¿Qué has pensado?

–He pensado en ti y en mí –dijo Natalie. Él se movió, incómodo–. ¿Te gustaría tenerme como vecina permanente?

–No eres tú la que me preocupa. Es ese montón de ricos insoportables que querrías tener como clientes.

–Que voy a tener –corrigió ella.

–Pues eso. No estoy acostumbrado a pensar en Heartbreak Ridge como un sitio en el que se junta lo mejor de la sociedad de Texas.

–Entonces, si solo tuvieras que soportarme a mí como vecina, ¿no sería tan malo?

Cal la miró como si estuviera loca.

–No.

El corazón de Natalie dio un vuelco. Quizá no era amor, pero que fuera capaz de soportarla como vecina era un paso adelante.

Y quizá si supiera los cambios que ella estaba experimentando se daría cuenta de que no era tan descabellado pensar que podía haber algo entre ellos.

–Me alegro porque estoy empezando a verme instalada aquí.

–Creí que estabas deseando marcharte.

–Eso fue hace mucho tiempo.

Cal sonrió.

–¡Fue la semana pasada!

Pero habían ocurrido tantas cosas desde entonces. Él había ocurrido desde entonces.

–Las cosas son diferentes ahora. Tienes que saberlo.

–¿Por qué? ¿Porque tienes un tejado?

–No, porque me siento diferente. He trabajado como una mula durante toda la semana. ¿No te has dado cuenta?

–Sí. Por fin has dejado de ser un incordio.

Natalie rio alegremente.

–¿Lo ves? Todo esto es nuevo para mí. La verdad es que el trabajo no es tan malo como yo creía. Hay algo muy satisfactorio en trabajar con tus propias manos, ¿verdad? –preguntó. Cal la miró como si estuviera hablando en chino–. Naturalmente, tú no me entiendes porque siempre lo has hecho, pero para mí es algo nuevo. Creo que podría arreglármelas en Heartbreak Ridge, sobre todo si tuviera alguien a mi lado.

Él se echó hacia atrás, con expresión de sorpresa.

–¿Quieres decir…?

Natalie se inclinó hacia adelante, esperando que Cal se diera cuenta de lo importante que era para ella.

–Quiero decir tú, Cal. Nunca habría esperado sentir lo que siento por ti, pero así es. Creo que estamos hechos el uno para el otro.

Natalie estaba impaciente porque la besara. Durante días, era en lo único que había podido pensar. En aquellos labios firmes y cálidos sobre los suyos, en aquellos brazos llenos de músculos. Sospechaba que era solo una cuestión de tiempo antes de que no pudieran evitar lanzarse el uno sobre el otro de nuevo. Aunque no había esperado que sus sentimientos aflorasen tan pronto. Que las emociones se mezclaran con el deseo sexual lo cambiaba todo.

Y lo hacía más dulce.

O, en aquel caso, más confuso.

Porque después de lo que había dicho, Cal no estaba tomándola en sus brazos para llevarla al dormitorio y hacerle el amor apasionadamente. Ni siquiera le había dado un beso. Todo lo contrario; la miraba con una expresión que era una mezcla de incredulidad y horror.

–¿He dicho algo malo? –preguntó Natalie. Cal no contestó–. ¿Cal?

De repente, él se levantó de un salto.

–¡Estoy agotado! ¿Te importa si dejamos los platos para mañana?

Natalie parpadeó, atónita.

¿Platos? ¿Y qué había pasado con su confesión… qué había sido de la pasión desatada?

Natalie se levantó de la silla, desconcertada. Aquella era otra experiencia nueva. ¡Un rechazo!

Natalie entró en la peluquería de Althea. Era el momento de

investigar por su cuenta. Pero no sobre el intruso, ni sobre la desaparición de Malcolm Braswell. El objeto de sus investigaciones era Cal.

La peluquería parecía un decorado de película de los setenta. Los pósters de las modelos eran increíblemente antiguos y la música que sonaba a todo volumen era de Olivia Newton John. Y la silla de vinilo rosa en la que tuvo que sentarse parecía de otro siglo. Lo más moderno que había en aquel sitio era la cafetera.

El aroma a café, algo tan simple, le parecía a Natalie un lujo increíble.

–Enseguida estoy contigo –le dijo una mujer con una bata de color lila que debía ser Althea–. Voy a terminar con Shelby. No pensarás hacerte una permanente, ¿verdad?

–Solo cortarme las puntas –dijo Natalie.

Necesitaba un corte de pelo. Incluso empezaba a pensar que su aspecto tenía algo que ver con que Cal la hubiera rechazado la noche anterior; solo que él no parecía el tipo de hombre que pudiera echarse atrás por unas puntas abiertas. No, allí había algo más. Un muro contra el que chocaba cada vez que creía hacer algún progreso.

Después de unos minutos, Althea le pidió que pasara al lavabo.

–Tú eres Natalie Winthrop, ¿verdad? –preguntó Shelby, que estaba secándose el pelo con una toalla. Natalie la miró, sorprendida. Pero, claro, su llegada tenía que haber sido noticia en Heartbreak Ridge–. No sabes cuánto me alegro de conocerte –siguió diciendo la mujer con una sonrisa–. Por fin alguien en este pueblo que es más nuevo que yo.

–Shelby es la mujer del comisario –explicó Althea–. Se casaron hace poco.

–¡Hace cinco meses! –corrigió Shelby.

–Conozco a tu marido –dijo Natalie.

–Sí, me lo ha dicho. Y tengo que decirte que su descripción de ti hizo que me sintiera un poco celosa. Aunque ahora veo que solo decía la verdad.

Natalie se puso colorada. Era una pena que Cal no la encontrase tan guapa como aquella chica.

–Estoy segura de que no tienes que preocuparte por tu marido. Él no dejaba de hablar de ti y de tu niña.

–Sam está mimándola –dijo Althea, restregando el cuero cabelludo de Natalie como si estuviera fregando platos.

Cuando se levantó del lavabo, Shelby y Althea intercambiaron una mirada que la asustó.

–Se parece a Connie, ¿verdad? –susurró Shelby.

–Mucho –murmuró la peluquera, mirándola con ojo clínico–. Pero tiene mejor pelo.

–Yo he visto las fotos de la boda –dijo Shelby. Natalie miró a las dos, irritada–. Cuando te vi entrar en la peluquería, creí que eras ella.

–¿Quién? –preguntó Natalie, muerta de curiosidad.

–Connie.

–La ex mujer de Cal –explicó Althea.

De modo que era eso. Natalie entendió entonces muchas cosas. Durante aquellas semanas había pensado que las comparaciones con su ex mujer eran solo porque pertenecían a la misma clase social. Pensar que, además, se parecían físicamente la hacía sentir como si fuera la protagonista de una película de Hitchcock.

–¿No me digas que has estado viviendo con él durante todo este tiempo y no te lo ha contado? –preguntó Shelby.

–Pues no me lo ha contado… en detalle. No quiere hablar de su divorcio.

–Naturalmente –dijo Shelby–. Sam dice que desde que Connie se marchó, Cal ha enterrado sus emociones. Pero yo había pensado que Cal y tú…

–¿Qué?

Althea soltó una carcajada.

–Ya sabes cómo son los pueblos pequeños. Dos jóvenes atractivos, solos en la montaña…

–No tenemos relaciones, si es a eso a lo que te refieres –dijo Natalie. Althea y Shelby se miraron–. Además de parecernos físicamente, ¿cómo era Connie?

–¡Una buena pieza! –exclamó la peluquera–. La mujer más caprichosa que te puedas imaginar. Y muy mimada. Alguien nos contó que ni siquiera sabía usar la aspiradora.

–¿Era engreída?

–Mucho. Una princesa. Y no podía soportar vivir aquí. Echaba de menos la ciudad y a sus amigos ricos. No aguantó en Heartbreak Ridge ni cuatro meses. El pobre Cal está hecho polvo desde entonces.

Natalie estaba empezando a encontrarse incómoda. Rubia. Rica. Mimada…

¡Lo mismo de nuevo!

Era lógico que Cal se hubiera sentido tan horrorizado cuando la vio aparecer en su montaña. Pobre hombre. Seguramente, ella le recordaba demasiado a la mujer que había perdido.

Al mismo tiempo, la idea de que la confundiera con su ex mujer la ponía furiosa. ¿Cómo se atrevía a pensar que ella era igual que otra mujer? Cal sabía que ella ya no tenía dinero y le había probado que no le tenía miedo al trabajo duro. Quizá era lógico que la hubiera visto como a una niña mimada cuando se encontraron por primera vez, pero después de aquellas semanas tendría que haber cambiado de opinión.

Pero, aparentemente, él tenía tantos prejuicios sobre ella que no veía lo que estaba pasando, no veía que era una mujer nueva. Una mujer más madura.

Cuando Althea terminó de cortarle las puntas, seguía furiosa.

Estaba deseando ver a Cal. ¿Cómo se atrevía a juzgarla solo por las apariencias?

Después de despedirse de las dos mujeres, salió disparada hacia la montaña. Pero a medio camino sus pensamientos se vieron interrumpidos por una explosión que la hizo perder el control del coche.

Natalie lanzó un grito de sorpresa, pensando que había sido un disparo, pero pronto se dio cuenta de que se le había pinchado una rueda.

Afortunadamente, había conseguido parar antes de que el coche saliera rodando por el precipicio. ¡Podría haberse matado!

Tenía suerte de estar viva, pero ¿cómo podía haber ocurrido aquello? Aunque llevaba un par de semanas subiendo y bajando por aquellos caminos de barro, los neumáticos eran nuevos.

¿Qué iba a hacer?, se preguntó, suspirando. La única vez que se le había pinchado una rueda simplemente había tomado el móvil para llamar al club.

Pero ya no tenía móvil. Ni club. Y para empeorar las cosas, estaba anocheciendo. Y hacía frío. Natalie volvió a entrar en el coche y encendió la calefacción. Estaba angustiada y se puso a pensar en todas las cosas que habían ido mal en su vida en el último año. Su dinero había desaparecido, aquella ruina de casa, Cal rechazándola… ¡y, además, una rueda pinchada! Era como si todos sus problemas la asaltaran a la vez, abrumándola.

La vida no era justa.

¡Debía de haber estado loca para ir a Heartbreak Ridge!

¿Qué iba a hacer? Cal y ella eran los únicos que vivían en la montaña y él no pensaba bajar al pueblo aquel día. Quizá Howard la encontraría cuando bajase, pero también era posible que hubiera vuelto a casa.

Si estuviera en Houston, o al menos en algún sitio con transporte

público… aunque ella nunca había tomado un autobús en su vida. Su casa era inhabitable, el coche tenía una rueda pinchada y se estaba enamorando de un hombre que no la quería.

O, al menos, no quería que ella lo amase.

O, al menos, no quería a una mujer como ella.

¡Una mujer como ella! Natalie golpeó el volante con los dedos. En aquel momento entendía sus referencias a «las mujeres como ella», «las mujeres de su clase». Como si la hubieran hecho con el mismo molde que a su ex mujer. Su sangre hervía cada vez que recordaba lo que Cal pensaba de ella.

Que era una… una frívola, una cursi, una chica de ciudad mimada y caprichosa.

Natalie sintió un escalofrío. ¡Todo eso era cierto!

Creía haber cambiado, pero en cuanto tenía que enfrentarse con una adversidad como una rueda pinchada, volvía a ser lo que era.

Su único pensamiento había sido volver a Houston. Su única acción, meterse en el coche, esperando que la rescatasen.

Un rescate que no llegaba.

¿Cuándo iba a aprender? Respirando profundamente, Natalie hizo algo que no recordaba haber hecho en toda su vida. Abrió la guantera, sacó un libro de instrucciones y empezó a buscar la página en la que enseñaban cómo cambiar neumáticos. ¡Pasara lo que pasara, iba a cambiar aquella maldita rueda!

Naturalmente, el autor del manual intentaba hacerlo fácil explicándolo de la manera más complicada posible, pero Natalie se lo tomó con calma. Lo más difícil era colocar el gato, pero una hora más tarde había quitado la rueda pinchada y había colocado la de repuesto. Y se sentía como unas pascuas.

Estaba deseando contárselo a Cal.

–¿Y qué esperas, una medalla?

Natalie se quedó mirándolo, con grasa en la cara y en las manos, pero más radiante de lo que la había visto nunca.

–¿No lo entiendes? Lo he hecho yo sola. No me ha ayudado nadie.

–Natalie, has cambiado una rueda. La gente hace eso todos los días.

–Yo no.

Cal suspiró. Si necesitaba alguna evidencia de que Natalie era una niña mimada, allí estaba. Lo único que había hecho era cambiar una rueda, pero se portaba como si acabara de descifrar el

enigma de la esfinge.

–Mira, no quiero aguarte la fiesta, pero cambiar una rueda no es como para tirar cohetes. Lo hace cualquier persona normal.

–¿Y qué sabes tú de personas normales? –replicó ella, herida.

–Mira, no quiero discutir…

–¡Estás tan herido por tu ex mujer que no puedes aceptar el amor aunque te lo ofrezcan en una bandeja de plata!

Cal abrió la boca, atónito. ¡Aquella palabra! Amor. La noche anterior, no había querido ni pensar en lo que ella estaba sugiriendo. Natalie era tan tentadora que lo único que impedía que se lanzara sobre ella era pensar que él solo era un capricho.

Pero, ¿amor? ¿Cómo había ocurrido?

–Estás tan anclado en el pasado que vas a dejar que la vida te pase por delante. Te vas a quedar solo en esta montaña, llorando hasta que te mueras.

–Un momento. No te hagas la lista solo porque no estoy impresionado por esa supuesta transformación de señorita de la buena sociedad a chica ruda de la montaña.

–Yo nunca he dicho que fuera ninguna de esas cosas.

–¿No? –preguntó él, levantando las cejas–. ¡Cal, Cal, he cambiado una rueda! Por tu forma de entrar aquí, cualquiera hubiera pensado que habías encontrado petróleo.

Natalie se puso colorada.

–Y pensar que ayer creía que estaba llegando a ti. ¡Afortunadamente, he hablado con algunas personas en el pueblo! Ellos me han advertido de que estás emocionalmente muerto.

La primera reacción de Cal fue quedarse paralizado. ¿La gente del pueblo había dicho eso sobre él?

¡Emocionalmente muerto! ¡Qué absurdo! ¿No sabían lo que había tenido que soportar?

Aparentemente, no.

Natalie se volvió y empezó a guardar sus cosas.

–¿Qué haces?

–Vuelvo a mi casa.

Él se cruzó de brazos, con una sonrisa de triunfo.

–¿A Houston?

–¡No! ¡A mi casa!

–Natalie, no puedes dormir allí –suspiró Cal.

–Mejor que aquí. No quiero abusar de tu hospitalidad otra noche.

–¿Y el intruso?

Natalie se encogió de hombros.

–No ha vuelto a aparecer. Además, me voy con o sin tu permiso.

–Vamos, no seas niña.

Natalie se dio la vuelta, furiosa.

–¡Ah, ahora además de mimada e inútil, soy una niña! –exclamó, tomando las correas de los perros, que se pusieron a saltar a su alrededor.

–Deja que te ayude.

–No te molestes.

–Lo mínimo que puedo hacer es ayudarte a…

–Puedo hacerlo sola.

–Sé que puedes, pero me sentiré mejor si te ayudo.

De nuevo, Cal se encontró a sí mismo metiendo perros, gatos y pájaros en su furgoneta. Natalie lo siguió en su coche.

El interior de la casa era tan oscuro como boca de lobo y Cal encendió una cerilla.

Natalie, que había entrado tras él, tuvo que ahogar un grito.

En la pared, un mensaje escrito en grandes letras rojas, como si fueran hechas con sangre. Era corto y directo. Tres palabras.

¡LARGO DE AQUÍ!

Capítulo Siete

Afortunadamente, Sam llegó enseguida porque, si lo hubiera hecho un minuto después, Cal se habría vuelto loco. No quería creer que alguien le hubiera hecho aquello a Natalie.

A pesar del frío esperaban fuera porque cada vez que veía aquella frase en la pared se ponía más furioso.

Bajo la luz de la luna Natalie parecía pequeña y triste. Mirándola, era imposible recordar que acababan de tener una pelea o sobre qué había sido. Cal hubiera querido abrazarla, pero ella mantenía la distancia.

–¿Tú crees que ha sido la misma persona? –preguntó. Él no tenía ninguna duda. Pero, ¿quién? ¿Quién querría hacerle daño a Natalie?–. A lo mejor alguien se ha enterado del otro incidente y ha querido gastarme una broma. Quizá no es tan malo como parece.

Cal se apoyó sobre la vieja viga que sujetaba el porche, pero la viga crujió, recordándole que no había ningún sitio en aquella casa en el que pudieran apoyarse con tranquilidad.

Esa era la pena. Todo lo que Natalie estaba trabajando, ¿para qué? Aquella casa, sin su ayuda, probablemente se habría derrumbado un par de años después. Y quizá deberían haber dejado que ocurriera. Quizá él mismo debería haberle comprado la casa a Jim Loftus y así no habría tenido que organizar el concurso. Y entonces no habría conocido a Natalie y ella no habría despertado en él sentimientos que estaban mejor dormidos.

Probablemente, en aquel momento, ella estaba pensando en volver a Houston.

–Tiene que ser la misma persona –dijo Cal, pensando en voz alta.

–¿Por qué?

–Porque sí. La primera vez rompió la puerta y ahora deja un mensaje, por si no te habías enterado.

–¡Como si no hubiera podido enterarme!

–Si su objetivo era que te fueras, no lo han conseguido.

Natalie lo miró, pensativa.

–Entonces, en tu opinión, ¿no va a parar hasta que me marche?

–Me temo que no. Pero cuantas más veces lo intente, más fácil será que lo atrapemos.

–Puede que eso te consuele a ti –murmuró ella–. Pero a mí no. Preferiría que, sencillamente, me dejara en paz.

–Lo entiendo.

Natalie sonrió. Era asombroso que pudiera sonreír en un momento como aquel.

–Tú preferirías pillarlo, ¿verdad?

–No quiero ponerte en peligro… pero sí, me gustaría meter a ese canalla en la cárcel.

Natalie se quedó en silencio durante unos segundos, estudiándolo.

–Al principio, me sorprendió que hubieras sido ayudante del comisario, pero ahora no. No soportas que la gente se salga con la suya, ¿verdad?

Cal negó con la cabeza.

–Creo en la justicia. Nadie debería salirse con la suya si lo que hace es algo como esto.

–¿Cómo pudiste dejar tu trabajo si tan importante es para ti lo que está bien y lo que está mal?

Cal llevaba varios días preguntándose lo mismo. Trabajar como ayudante del comisario le gustaba mucho. Aunque odiaba admitirlo, aquel año sin hacer nada le había parecido una pérdida de tiempo. Quizá por eso le resultaba tan difícil entender a Natalie y a la gente como ella.

En ese momento, apareció el coche patrulla de Sam.

Natalie le mostró la pared, explicándole cómo habían entrado y por qué habían bajado a la casa de noche, pelea incluida. ¡Aparentemente, ella no era de las que escondía nada a la policía!

Sam la escuchó sin un gesto, excepto un ligero levantamiento de cejas cuando le explicó la poco entusiasta respuesta de Cal sobre la rueda que había cambiado con sus propias manitas.

–¿Dices que se te ha pinchado una rueda en el camino?

–Sí. Me di un susto de muerte.

–Me parece raro que se pinche la rueda de un coche nuevo. ¿No crees, Cal?

Cal frunció el ceño. Debería haber pensado en ello, pero con la pelea se había olvidado de la rueda.

Sam abrió el capó del Volkswagen para sacar el neumático pinchado y los dos hombres se miraron con expresión preocupada.

–Un médico no habría hecho un corte más limpio –murmuró Cal–. Y quien lo ha hecho sabe lo peligrosa que es la montaña –

añadió, furioso.

Natalie tragó saliva.

–¿Quieres decir que… alguien está intentando matarme?

–No lo sabemos seguro –dijo Sam.

–¿Quién querría matarme? Ya no tengo dinero.

–¿Cuánta gente sabe eso? –preguntó el comisario.

–Muy poca, afortunadamente.

Cal y Sam se miraron uno a otro. Seguían sin tener ninguna pista y Natalie deseaba marcharse de allí cuanto antes.

–Será mejor que nos vayamos –dijo Cal.

–¿A tu casa?

–Claro.

–Pero…

–Olvídalo. No puedes quedarte aquí, Nat.

Cal no sabía de dónde había salido el diminutivo, pero una vez pronunciado, le gustaba. Y algo en el rostro de Natalie se suavizó al escucharlo.

–Si rajaron la rueda cuando estabas en el pueblo, será fácil enterarse de quién ha estado cerca de tu coche –dijo el comisario.

Eso era lo bueno de vivir en un pueblo de sesenta habitantes. La lista de sospechosos siempre era muy reducida.

–Gracias por dejar que me quede aquí esta noche –dijo Natalie–. Parece que siempre te estoy dando las gracias por lo mismo, ¿verdad?

–No tienes que darlas.

Pero Natalie sabía que sí. Aquella tarde él había parecido molesto solo con verla. Quizá en aquel momento se había suavizado un poco porque estaba asustada, pero no creía que hubiera cambiado de opinión sobre ella. Si no hubiera sido por el incidente, estaría durmiendo en el suelo de su casa y quién sabe si Cal y ella hubieran vuelto a dirigirse la palabra.

–No será por mucho tiempo –le prometió Natalie.

–Ya lo sé.

De modo que era lo que había pensado. Sencillamente la soportaba, pero estaba deseando librarse de ella.

–Si me quedo en la casa, no creo que se atreva a entrar.

–No puedes estar segura.

–Pues tendré que enterarme.

Cal la miró, boquiabierto.

–¿No estarás pensando en volver a la casa?

–Por supuesto.
–¿Quieres decir a vivir?
–Naturalmente. ¿Dónde puedo ir?
–¡A Houston! Yo había pensado…
¿Aquel hombre no la escuchaba nunca?
–Ya te he dicho que no pienso volver allí. Y, además, no podría hacerlo. He invertido demasiado aquí como para marcharme.
Cuando Natalie miró los ojos azules de Cal, se dio cuenta de que no estaba hablando solo de dinero. También había hecho una inversión emocional en Cal Tucker. Aquel hombre de las montañas la atraía como no lo había hecho ningún otro.
–¿Quieres decir que piensas quedarte para siempre?
–¡Por favor! –exclamó ella, exasperada–. ¿Es que tengo que ponerlo por escrito? Sí, voy a quedarme aquí. Para siempre. No tengo otro sitio donde ir. Para bien o para mal, Heartbreak Ridge es mi hogar.
–Pero debes de tener familia en Houston.
–No la tengo –suspiró ella. No tenía familia y sus llamados «amigos» no le harían ni el más pequeño favor al saber que estaba arruinada. Lo extraño era haber pensado que aquella clase de afecto superficial era amistad.
Cal la tomó del brazo en ese momento, sobresaltándola. Natalie no se había dado cuenta de que estaban tan cerca… ¿o se habría movido él cuando no lo miraba?
–¿Quieres decir que, incluso sabiendo que hay alguien que quiere hacerte daño, sigues queriendo vivir en esa casa?
–Bueno, no esta noche…
–¿Por qué?
Natalie estaba a punto de ponerse a gritar. Y quizá lo habría hecho si Cal no hubiera tenido aquella adorable expresión de incredulidad.
–Vale. Otra vez. ¿Me vas a escuchar? –preguntó. Cal asintió y Natalie señaló hacia la ventana–. Este sitio es para mí como Kansas para Dorothy. Mi hogar. Es todo lo que tengo.
Cal levantó su barbilla con un dedo.
–No es todo lo que tienes, Nat.
El corazón de Natalie empezó a latir acelerado.
–Es la segunda vez que me llamas así.
–¿Y no te gusta?
Natalie miró sus labios y los ojos azules oscurecidos de emoción.
–Mucho –murmuró por fin.
–¿Has oído lo que he dicho, Natalie? Ya no estás sola. Me tienes

a mí.

Aquellas sencillas palabras pronunciadas con ternura eran tan inesperadas que Natalie abrió la boca, sorprendida. Esa, aparentemente, era la invitación que él esperaba. Cal se inclinó hacia ella suavemente y el calor de sus labios fue como una descarga eléctrica.

Natalie se apoyó sobre su pecho, alegrándose de poder contar con su fuerza. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que se besaron? No sabía si eran días o semanas; le parecía una vida entera y se apretó contra él como si aquel beso fuera el último.

Natalie intentó memorizar la huella que los labios del hombre dejaban en los suyos, su calor y la exquisita sensación de placer. Quería recordarlo todo. Su relación con Cal era tan volátil que no quería desaprovechar un solo segundo. Aquella noche estaban besándose. Al día siguiente, podrían estar peleando.

Pero se preocuparía de eso al día siguiente.

Natalie podía sentir cada centímetro del cuerpo del hombre pegado al suyo. Sentir la dureza masculina presionando contra sus muslos le daba escalofríos. Él tomó sus manos para colocarlas alrededor de su cuello, haciendo el beso más profundo.

–Esto es una locura –susurró Natalie.

–Desde luego.

–Te deseo tanto…

Cal la apretó con más fuerza.

–Yo te deseo desde la primera vez que te vi. Me hubiera gustado tumbarte sobre el coche y besarte como un loco.

–¡Pero si fuiste un antipático!

Cal sonrió.

–Y tú una impertinente.

Ella negó con la cabeza, sonriendo. Cal le había parecido tan imponente, tan rudo… tan diferente de cualquier otro hombre que hubiera conocido. Que era precisamente por lo que lo encontraba tan fascinante.

–¿Y ahora?

–Ahora puedes ser todo lo impertinente que quieras. No te soltaría ni por un millón de dólares.

Natalie levantó la cara, ofreciéndole sus labios. Aquel beso fue largo, caliente y no dejó ninguna duda de cómo quería Cal pasar el resto de la noche.

Lentamente, él empezó a quitarle la ropa. El brillo de deseo en sus ojos la hacía sentir como si fuera un delicado regalo. Y también como si un volcán estuviera a punto de erupción dentro de ella.

–¿Cal? –su voz era un susurro. Se sentía incómoda, desnuda en medio del salón.

–¿Tienes frío?

¿Frío? ¡Estaba a punto de arder por combustión espontánea!

–No, pero ¿no estaríamos mejor en la habitación?

Sin una palabra, él la tomó en sus brazos y la llevó al dormitorio, dejándola sobre la cama como si fuera un delicado paquete. Pero si era delicada no era porque estuviera hecha de cristal, sino de algo mucho más explosivo. Como una granada de mano, Natalie sentía que podía estallar en cualquier momento.

Con eso en mente, empezó a desabrochar los botones de su camisa uno a uno. Sus esfuerzos revelaron un torso tan perfecto que Natalie lo miraba como si fuera la octava maravilla del mundo.

–¿Por qué sonríes?

–Estaba pensando lo que un año en las montañas puede hacer por el cuerpo de un hombre.

El sonido ronco de la risa masculina le produjo un escalofrío.

–Y yo estaba pensando lo que un año de abstinencia puede hacerle a un hombre.

Natalie se puso colorada.

–Entonces, no ha habido nada desde…

Él la apretó entre sus brazos.

–Ni siquiera había pensado en una mujer hasta que apareciste tú, Nat. Es como si me hubieras despertado de un profundo sueño.

Y, por la presión del cuerpo de Cal contra el suyo, en aquel momento estaba completamente despierto. Cada centímetro de él. Natalie bajó la cremallera de sus vaqueros, acariciando su hinchada masculinidad, disfrutando de ella, disfrutando de su habilidad para despertar aquella respuesta en un hombre que no había disfrutado del sexo en tanto tiempo.

–Te deseo, Cal –murmuró.

Él volvió a besarla y Natalie intentó poner todos sus sentimientos en aquel beso. Cal acarició uno de sus pezones con el dedo hasta que se puso erecto y ella dejó escapar un profundo suspiro.

–¿Ocurre algo?

–Solo que la noche no va a durar para siempre.

Él sonrió, con aquella sonrisa suya.

–Pues tendremos que alargarla todo lo que podamos, cariño.

Y lo hicieron. Natalie saboreó cada segundo, guardando cada caricia en su memoria. Pero cuando por fin empezó a quedarse dormida, al amanecer, el recuerdo más dulce era la sonrisa de Cal y

su voz cuando la llamaba «cariño».

Al amanecer, Cal salió de la habitación de puntillas para comprobar si la puerta y las ventanas estaban cerradas.

Había vivido toda su vida en aquel pueblo en el que nunca pasaba nada y, aunque había sido ayudante del comisario, lo más cerca que había estado de un crimen de verdad era viendo la serie Kojak. En Heartbreak Ridge no había delitos serios.

Hasta aquel momento.

Tenía miedo por Natalie y por sí mismo. No podía soportar la idea de que le ocurriera algo malo porque, se temía, sus sentimientos por ella eran más profundos de lo que parecía recomendable.

Cuando volvió al dormitorio se quedó observando su silueta dormida y se sintió impresionado de la cantidad de horas que habían pasado descubriéndose el uno al otro. Natalie había sido cálida, generosa… amorosa. Aquella última palabra lo sorprendió. El amor era algo que no quería en su vida. Y, sin embargo…

La luz que entraba por la ventana la hacía parecer un sueño. Su cabello rubio extendido por la almohada y su hermoso cuerpo cubierto apenas por las sábanas… Pero Cal no necesitaba verlo para recordar cada centímetro de su piel.

Algo presionaba su pecho mientras la miraba.

Y conocía bien aquella sensación.

Parte de él envió una plegaria al cielo. No quería que eso ocurriera porque, para Cal, el amor estaba inevitablemente ligado al dolor.

Y otra parte de él, la misma que lo había hecho besar a Natalie, deseaba meterse en la cama y abrazarla a ella y al amor que podía darle. Daba igual que fuera mimada y poco realista. Quizá la razón por la que lo atraía era precisamente que podría volver a Houston en cualquier momento.

Todos los seres humanos tenían debilidades. Algunos bebían, algunos comín chocolate por kilos y otros se gastaban dinero en ropa. Algunas pobres almas no podían quitarse el hábito de la nicotina aunque supieran que podían morir por ello. Y él no era diferente. No podía evitar la atracción que sentía por Natalie. Y ni siquiera sabía si deseaba evitarla.

Natalie se volvió, sonriendo en sueños, tan adorable que consiguió excitarlo y matar todos sus miedos a la vez. Ella era todo lo que Cal quería evitar… y todo lo que anhelaba.

Quizá su debilidad por las chicas de ciudad era su cruz y no podía luchar contra ella. ¿Y por qué iba a hacerlo? Daba igual que siempre buscara las mujeres menos adecuadas para enamorarse.

O quizá, solo quizá, Natalie había dicho la verdad y consideraba Heartbreak Ridge como su hogar. Quizá no era tan caprichosa como había pensado.

–Pues quien está intentando molestarte no tiene ni idea de pintura –estaba diciendo Howard, disgustado–. Mira esas letras, con toda la pintura chorreando.

–YO CREO QUE LO HAN HECHO A PROPÓSITO, HOWARD.

–¿Así de mal?

Muy propio de Howard sentirse irritado porque los vándalos fueran descuidados.

Natalie miró la frase de nuevo. Parecía menos siniestra que por la noche. Infantil, incluso. Pero no podía olvidar que la persona que había hecho aquello podía ser la misma que había rajado la rueda de su coche y eso no era nada infantil.

–¿Qué voy a hacer? –murmuró.

–Pintar encima.

No había pensado que Howard podría oírla y Natalie sonrió. Era cierto, tenía que pintar la pared y, de ese modo, dejaría de preocuparse.

Y podría volver a habitar su casa. Le encantaba estar en casa de Cal, sobre todo después de lo que había ocurrido la noche anterior, pero no quería estar allí por compasión. O porque mientras estuviera en su casa estaba a mano para un «revolcón». Tenía que saber de verdad si estaba enamorado como lo estaba ella o si aquello era solo una forma de revivir la pasión que había sentido por su ex mujer. Terapia para un recluso.

Natalie suspiró.

–TIENES RAZÓN, HOWARD. VOY AL PUEBLO A COMPRAR PINTURA.

–Para tapar ese rojo tendrás que comprar pintura plástica.

Ella asintió. No sabía muy bien lo que era pintura plástica, pero se enteraría. Estaba acostumbrándose a repetir las instrucciones de Cal y Howard palabra por palabra, como si fuera una emigrante aprendiendo un idioma.

Y había otra cosa que tenía que hacer en el pueblo, algo que había decidido hacer mientras miraba el talonario aquella mañana.

Mientras conducía hacia Heartbreak Ridge, intentaba no pensar

demasiado en la noche anterior. Aunque hacer el amor con Cal había sido la experiencia más maravillosa de su vida, tenía que recordarse a sí misma que no habían formalizado una relación. Cal había sufrido un desengaño y, a pesar de que poco a poco bajaba la guardia, seguía sintiendo recelos. Aquella mañana no habían intercambiado palabras de amor. Él la había besado, habían vuelto a hacer el amor y después le había dicho que tenía que bajar al pueblo para hablar con Sam.

Y se había marchado.

¿Volverían a hacer el amor aquella noche o tener un día entero para pensar haría que Cal lamentase lo que había pasado?

Quizá, pensó Natalie, no debería darle un día entero para pensar.

Después de aprender más de lo que hubiera deseado sobre pinturas en la tienda de Lon, se dirigió hacia la comisaría.

Merlie, con sus gafas y su peto vaquero, la miró sonriente.

–Sabía que aparecerías por aquí tarde o temprano.

Natalie parpadeó. La seguía sorprendiendo que todo el mundo supiera quién era.

–Estoy buscando a Cal.

–Cal nunca está donde uno espera.

–¿Tú eres… Merlie?

La mujer se levantó para estrechar su mano.

–Perdona mis maneras. En este pueblo no estamos acostumbrados a los saludos formales. Pero no te equivocas. Soy Merlie Shivers

–La dueña del gatito.

–No era mío, lo dejaron en mi puerta. Yo ya tengo suficiente con mi bola de pelo, que me cuesta un dineral.

–Ya veo –sonrió Natalie–. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Cal?

–Me han dicho que iban a investigar algo –contestó Merlie, cruzándose de brazos–. Y el mejor sitio para buscar al dúo dinámico es el restaurante.

Natalie fue hacia allí, nerviosa. Sabía que el restaurante era el centro neurálgico del pueblo y, por supuesto, el centro de los cotilleos. Sus sospechas se confirmaron en cuanto entró. Cal no estaba allí, pero todos los parroquianos dejaron de comer para mirarla. No podía dar marcha atrás y, además, el aroma a hamburguesa casera era muy estimulante.

Natalie se sentó frente a una mesa cerca de la ventana y un hombre se acercó, sonriente.

–¿Qué quiere tomar?

–Pues… una hamburguesa con patatas. Y una taza de café.

Nada más pedirlo, una pareja se sentó a su mesa sin esperar invitación. El hombre se parecía tanto a Cal que Natalie casi dio un brinco.

El hombre sonrió y la mujer que estaba a su lado, una pelirroja con un vestido de rayas, sonrió también.

–Soy Ruby Tucker y este es Cody, el hermano de Cal.

–Encantado de conocerla, señorita –dijo Cody, muy educado.

–He venido a buscar a Cal –dijo Natalie–. Merlie me dijo que podía estar aquí, pero no he tenido suerte.

–¿Llamas suerte a comer con ese petardo? –sonrió Ruby–. ¡Entonces, los rumores son ciertos!

–¿Qué rumores?

–Que sois pareja –contestó la joven. Natalie no sabía cómo contestar a eso, pero sospechaba que debía negarlo con firmeza–. Cody está preocupado por Cal.

–Lo entiendo… con Cal en la montaña todo el tiempo…

–La verdad es que está preocupado por Cal y por ti.

Natalie casi soltó una carcajada. ¡Tenían miedo de que hubiera una boda de por medio!

–Ya veo.

–Este pueblo es el más cotilla del mundo.

–En Houston también hay muchos cotilleos, pero como somos tantos no se nota.

–Solo quería decir que si estás pensando en marcharte, deberías decírselo a Cal. Mi hermano ya ha sufrido suficiente –dijo Cody.

De modo que Cal tenía un hermano que miraba por sus intereses, pensó Natalie. Casi se sentía celosa. ¿Quién miraba por sus intereses? Tal y como iban las cosas, era ella quien terminaría con el corazón roto.

En ese momento, se abrió la puerta del restaurante y el corazón de Natalie dio un vuelco al ver a Cal. ¿Cómo podía hacerle daño si no quería apartarse nunca de su lado?

–¿Qué hacéis aquí?

–No te preocupes –rio Cody–. No le estaba contando lo del concurso que ganaste en quinto.

–¿Qué concurso? –preguntó Natalie.

Cal miró al techo.

–Te lo contaré más tarde. Ahora hay cosas más importantes de qué hablar. Tenemos una pista.

Natalie se quedó boquiabierta, como todos los que estaban escuchando.

Jerry salió del mostrador y se acercó a la mesa.

–¿Ya sabéis quién rajó la rueda?

–No, pero Althea me ha dicho que ayer un coche dorado pasó frente a la peluquería. Un coche europeo.

Natalie levantó la mirada, sobresaltada.

–Conozco a alguien que tiene un coche dorado… –empezó a decir. Y, curiosamente, pertenecía a la última persona en el mundo que debía estar buscándola–. ¡Malcolm Braswell!

Capítulo Ocho

En la comisaría, Sam no parecía convencido.

–¿Qué debo hacer? –preguntó Natalie, histérica ante la idea de que el canalla de su administrador quisiera matarla.

–No estamos seguros de que Braswell sea nuestro hombre, Natalie.

–Pero si el coche es como lo ha descrito Althea…

–Seguro que hay miles de personas que tienen un coche dorado.

–¿En Heartbreak Ridge?

–¿Qué hace alguien con un coche tan caro en un pueblo como este? –intervino Merlie–. Si no fuera por los anuncios, yo no distinguiría un coche europeo de un plato de espaguetis.

–¿Y por qué iba Braswell a venir aquí con su propio coche? Tiene que saber que sería fácil reconocerlo –dijo Cal.

Natalie suspiró.

–No sé…

–Además, no quiero ofender a Althea, pero vio el coche a través del cristal de la peluquería y quizá lo que ella ha creído color oro, es sencillamente amarillo.

–Entonces, ¿me estáis diciendo que no sabéis más que ayer?

–Bueno, hemos descubierto algo. Que un coche que no pertenece a nadie del pueblo estuvo dando vueltas por aquí ayer, de modo que quien rajó la rueda puede ser alguien de fuera.

–Ya –murmuró Natalie. Que quien estaba intentando atacarla fuera alguien con un motivo para hacerle daño hacía que la situación fuera mucho más peligrosa.

Cal la acompañó hasta el coche. Natalie necesitaba volver a casa, pero antes tenía algo más que hacer en el pueblo, algo que le daba casi tanto miedo como el hombre que intentaba matarla.

–Conduce con cuidado.

–Voy a parar un momento en la tienda. ¿Quieres algo?

Cal negó con la cabeza.

–Ten cuidado, Nat. Hablaremos en casa.

–En casa prefiero hacer algo más estimulante que hablar –sonrió ella.

–Yo también. Pero estaba intentando ser un chico moderno.

Natalie pareció horrorizada.

–No me digas que estás intentando sacudirte tu imagen de hombre de las cavernas. ¡La prehistoria te sienta muy bien!

–Ya –rio él.

Cal miró alrededor para comprobar que no había nadie mirándolos y le dio un beso que pretendía ser rápido pero que, naturalmente, se convirtió en una caricia profunda y deliciosa. El deseo los poseía a los dos, robándoles el sentido común.

Por fin, Cal casi tuvo que empujarla dentro del coche.

–Podrían arrestarnos por comportamiento inmoral.

Ella asintió. Tenía algo que hacer. Una última prueba para comprobar si había progresado hacia la independencia o no.

Llegó al otro lado del pueblo dos minutos después. En la tienda de alimentación había un cartel con tres palabras: Se necesita dependienta.

Cuando Cal salió del dormitorio a la mañana siguiente y vio a Natalie poniendo la mesa para el desayuno, se quedó parado. Y no solo porque recordaba sus mejillas arreboladas mientras hacían el amor la noche anterior. Y no solo porque ella había preparado un plato de beicon con huevos, una hazaña en la carrera culinaria de Natalie.

Lo que había hecho que se quedara paralizado era su ropa; el traje de color caramelo que llevaba el día que llegó a Heartbreak Ridge. No se lo había puesto desde entonces.

–¿Estoy bien?

Cal no podía mentir, ni podía evitar sonreír al verla vestida como una modelo en medio de la montaña.

–Estás maravillosa.

Natalie suspiró, aliviada.

Pero la sonrisa de Cal desapareció. ¿Qué significaba aquel cambio de atuendo? Solo se le ocurrían las peores explicaciones. El susto de la noche anterior había sido demasiado para ella y volvía a Houston. O su relación iba demasiado rápido para ella y volvía a Houston. O, simplemente, volvía a Houston porque estaba harta.

–¿Vas a volver a Houston?

Natalie lo miró, sorprendida.

–¿Qué? ¡No! Voy a trabajar.

–No puedes ponerte a pintar con ese traje.

–No voy a pintar, bobo. Tengo un trabajo en el pueblo.

Cal la miró, atónito.

–¿Y por qué no me lo habías dicho?

–Quería darte una sorpresa.

Y lo había hecho, desde luego. Cal la miró de arriba abajo, preguntándose qué clase de trabajo podía haber encontrado en Heartbreak Ridge. Ni siquiera le hacía gracia la idea de que fuera por el pueblo con aquel traje. La falda era demasiado corta y bajo la chaqueta llevaba una blusa de seda con un escote de pico que casi mostraba el comienzo de sus senos. ¿Qué trabajo podía realizar en Heartbreak Ridge que requiriese un traje de diseño?

–No recuerdo que estén buscando a nadie… excepto en la tienda de alimentación.

Natalie sonrió.

–Eso es. ¡Me han dado el trabajo!

Natalie se portaba como si acabara de conseguir un puesto de directora en alguna empresa.

–Natalie, ¿Doyle te ha dicho lo que tienes que hacer en la tienda?

–Claro. Voy a guardar las compras en bolsas.

–¿Con ese traje?

Natalie levantó la barbilla.

–¿Qué le pasa al traje? Acabas de decir que me sienta de maravilla.

–Sí, pero eso era antes… ¿Has hecho ese trabajo alguna vez?

–Claro que no. Nunca he trabajo en el ramo de la alimentación y así se lo dije al señor Stumph. Pero estoy dispuesta a aprender.

–Ya, pero…

–¿Pero qué? –lo interrumpió ella, molesta–. Tú mismo me echaste en cara el otro día que nunca había trabajado.

Cal no podía decir por qué lo molestaba tanto. Quizá porque no podía dejar de pensar que era el capricho de una niña mimada. Que se cansaría del trabajo y lo dejaría, como se cansaría de aquella vida rústica y volvería a Houston. O se cansaría de su rústico novio y lo dejaría plantado.

–¿Y la casa? ¿No vas a seguir reparándola?

–Le diré a Howard lo que tiene que hacer. Es de total confianza, ya lo sabes. Además, necesito este trabajo para poder pagarle –dijo ella, convencida. Cal intentó creer que iba a hacer un esfuerzo para quedarse en Heartbreak Ridge. Pero el cambio era tan extraordinario… ¿La baronesa convertida en dependienta?–. Vamos, desayuna antes de que se enfríe. Tienes que encontrar a mi vándalo.

Mientras desayunaban, Cal casi podía imaginarlos viviendo

felices para siempre.

Desde su jaula, Armand empezó a cantar una canción y los dos se volvieron, sorprendidos.

–¿No es la canción que intentabas enseñarle el otro día?

Armand siguió cantando mientras ellos reían. Aquella noche, Cal intentaría enseñarle la canción: «El amor nos mantendrá unidos para siempre».

Con tres días de trabajo a la espalda, Natalie se sentía como una veterana y sus pies doloridos eran la prueba. Pero nunca antes se había sentido tan contenta.

De alguna forma la vida, que le había parecido horrible unas semanas antes, había conspirado para hacerla más feliz de lo que lo había sido nunca.

Todo era diferente. Las obras en su casa iban adelante y ella estaba ganando dinero para pagarlas. Acababa de recibir su primer cheque, sesenta y cinco dólares por dos días de trabajo. Increíble. Nunca habría imaginado que alguien le pagaría por hacer nada. Si hubiera sabido que ganar dinero con el sudor de su frente no era tan duro se habría atrevido a hacerlo mucho antes. La verdad era que lo estaba pasando bien.

Y, por primera vez en su vida, se sentía orgullosa. No el orgullo de los Winthrop, sino orgullo de sí misma. Durante todos aquellos años, su auto estima estaba atada al talonario. La asombraba no haber entendido eso antes.

Pero no era solo el dinero lo que la hacía feliz. Después de tres días trabajando, conocía a todo el mundo y se había dado cuenta de que una vez roto el hielo, la gente de Heartbreak Ridge era simpática, amable y divertida. ¿Cómo podía decir nadie que la vida en un sitio pequeño era aburrida? Durante los últimos días se había enterado de todos los cotilleos y escándalos. Por ejemplo Leila, la cajera de la tienda, acababa de confesarle que había estado enamorada del hermano de Cal durante años, pero que después había empezado a fijarse en el hermano de Ruby. Incluso le había pedido consejo.

¡La gente le pedía consejo a ella!

Estaba empezando a sentirse como en casa.

Y luego estaba Cal. Natalie empezaba a sentir que, de verdad, estaban hechos el uno para el otro y eso era lo más milagroso de todo. Parecía que él empezaba a aceptarla por lo que era.

Al principio había creído que aquello podía ser solo una

increíble atracción física. Y, en cierto modo, era así. Cada vez que Cal la desnudaba con los ojos, Natalie sentía el mismo deseo que había sentido la primera vez.

Pero entre ellos había algo más que la intensa actividad amorosa. Le gustaba trabajar en la casa con él. Se reían mucho juntos y, por las noches, jugaban a las cartas o simplemente escuchaban música y ella se sentía tan feliz que creía explotar. A veces ni siquiera hablaban, pero la conexión que había entre ellos casi podía tocarse con los dedos.

Era amor; estaba segura de ello.

Aunque Cal no le había confesado sus sentimientos. Seguía llamándola «baronesa» y seguía llevando aquella armadura emocional que, a veces, Natalie temía no poder penetrar por mucho que lo amara.

Y lo curioso era que su reticencia la hacía desear amarlo con más fuerza.

Cal la vio salir de la tienda y cruzó la calle para encontrarse con ella. Seguía sorprendiéndole encontrar a Natalie en Heartbreak Ridge. Ella parecía estar muy a gusto y él se sentía un poco celoso de tener que compartirla con los demás.

Lo que más lo asombraba era que parecía disfrutar viviendo allí. Se sentía orgullosa de su trabajo, solía comer en el restaurante y por la tarde se pasaba por la comisaría para charlar con Merlie sobre animales.

Connie nunca había hecho ninguna de esas cosas. De hecho, ella nunca había hecho un solo esfuerzo por conocer a nadie. Y Natalie se había lanzado de cabeza.

Pero, ¿se cansaría de ello?

Cal suspiró profundamente. Estaba a punto de saber la respuesta.

–Hola –sonrió ella, con aquella sonrisa que podía iluminar un pueblo entero. Cal no podía entender cómo, en algún momento, había pensado que era menos que perfecta–. ¿Cal?

–¿Sí?

–¿No vas a decir nada?

–Perdona. Es que estoy un poco preocupado.

–Tenemos que dejar de pensar en el sexo.

–Muy bien. Vamos a pensar en otra cosa. Hemos encontrado a Malcolm Braswell.

Natalie se quedó boquiabierta.

–¿Qué has dicho?

–Tenemos un colega en Houston que ha localizado definitivamente a Malcolm Braswell. Está en Bahamas.

–Pero, si Braswell está en Bahamas, ¿quién rajó la rueda de mi coche?

–Eso no lo sabemos. No quiero que tengas demasiadas esperanzas, Natalie, pero si amenazamos a Malcolm Braswell con una denuncia por estafa, es muy posible que acepte devolver parte del dinero.

–¿Sabes lo que significa eso?

¿Necesitaba recordarle que se marcharía corriendo en cuanto recuperase su fortuna? Cal solo tenía que mirar sus ojos, que brillaban ante la posibilidad de recuperar su fortuna.

Y no podía culparla. Unos cuantos millones de dólares no era algo que se pudiera despreciar. Pero cuando había pensado que todo iba bien, que su vida empezaba a funcionar de nuevo… estaba a punto de perder a Natalie.

–Oh, Cal… –exclamó ella–. Ahora podré hacer todo lo que quería hacer.

–¿Cómo qué? ¿Vivir en París?

–¿Qué?

–No vas a quedarte en Heartbreak Ridge, ¿verdad?

–¿Qué estás pensando?

Él se encogió de hombros.

–Nada. Solo que no creo que decidas quedarte aquí cuando puedes elegir vivir en cualquier ciudad del mundo.

–Pero tengo que quedarme aquí. Tengo un compromiso en Heartbreak Ridge.

–Los compromisos pueden romperse.

Ella lo miró, furiosa.

–¡Veo que sigues teniendo una alta opinión sobre mí!

–Tengo una altísima opinión de ti, Natalie.

–Tan alta que, según tú, abandonaría los planes para mi hotel y te abandonaría a ti.

–Por unos cuantos millones de dólares.

–¿Por qué estamos hablando de esto? –casi gritó ella–. No tengo ese dinero.

–Pero si lo tuvieras…

–No creo que Malcolm Braswell vaya a devolver mi dinero.

–Pero es una posibilidad. Y no debes sentirte avergonzada de abandonar Heartbreak Ridge si lo recuperas.

–No pienso marcharme –insistió ella.

El amor hacía que la gente mintiera, se recordó Cal a sí mismo. Como él había mentido unas semanas antes cuando le dijo que el pelo de Mopsy no lo molestaba cuando en realidad lo ponía de los nervios.

Pero quizá aquello era parte de la pequeña luna de miel que estaban viviendo.

–¿Es que nunca has confiado en nadie en tu vida? –exclamó Natalie.

–Claro…

–¿En una mujer? –lo interrumpió ella. Cal cerró la boca. Esa era su respuesta–. Debería haberlo sabido. Aunque me quedase aquí veinte años, tú seguirías creyendo que, algún día, volvería a Houston, ¿verdad? – preguntó, sin darle tiempo a contestar–. ¿Qué he sido para ti, Cal? ¿Una terapia? ¿Estás usándome para olvidarte de Connie?

–Nunca he conocido a una mujer que se haya quedado en Heartbreak Ridge.

–Merlie lleva aquí toda la vida.

–Es diferente. Ella tiene un trabajo.

–¿Ah, sí? –preguntó ella, con expresión irónica–. Pues mira, a partir de ahora declaro que mi trabajo va a ser convertirme en una espinita que tengas clavada en el corazón hasta que te mueras, Cal Tucker. Me quedaré en Heartbreak Ridge y te incordiaré durante toda mi vida. Pienso destrozar el estereotipo que tienes de las mujeres, demostrándote mi lealtad. ¿Y sabes por qué?

Cal casi sonrió. ¿Iba a decirle que lo amaba?

–¿Por qué?

–¡Porque quiero verte sufrir! –gritó ella–. Es muy entretenido verte siempre receloso, siempre sospechando que van a abandonarte. Has convertido la duda en una forma de arte –añadió, entrando en su coche y cerrando de un portazo antes de salir disparada.

Cal escuchó una risita tras él y cuando se volvió vio a Merlie que salía de la tienda. Sin duda, ella y la mitad del pueblo habían escuchado la pelea.

–¿Por qué no vas tras ella y le pones una multa?

–Porque ya no pongo multas a nadie.

–Ah, es verdad. Pero a mí me parece que, si de verdad quieres ayudarla, deberías ir tras ella ahora mismo y decirle que lo sientes.

–¿Que siento qué?

Merlie miró al cielo.

–Si tienes que preguntar eso, cabeza de chorlito, entonces no

sabes nada. ¡Especialmente, sobre mujeres!

Cal se quedó mirándola mientras desaparecía por la calle. ¿Por qué iba a disculparse con Natalie? ¿Por sus bien fundadas sospechas de que se marcharía del pueblo en cuanto recuperase su dinero? Eso solo era sentido común y, sin embargo, tanto Natalie como Merlie se lanzaban a su cuello por decirlo. Pero si no se mantenía en guardia, cuando Natalie se marchase de Heartbreak Ridge, todo el mundo se reiría de él.

¿Qué iba a hacer? ¿Confiar en ella?

Cal se puso pálido. Algo empezaba a dar vueltas en su cerebro. Confianza. Buena palabra.

Mientras caminaba como un zombi, pensaba que Merlie se había equivocado. Él conocía a las mujeres. Y, sin embargo, seguía sin saber nada sobre el amor.

Capítulo Nueve

Natalie conducía por la carretera, abrazando las curvas como un piloto de carreras. Se había acostumbrado a aquel estrecho camino y le resultaba casi tan familiar como las atestadas autopistas de Houston. Como debería estar acostumbrada a la insultante falta de fe en ella que mostraba Cal. Pero no lo estaba.

Las lágrimas que corrían por su rostro eran la prueba. Cal pensaba que era igual que Connie y siempre sería así. Pero ella había cambiado; el problema era que Cal no lo había hecho.

Cuando llegó al cruce, en lugar de tomar el camino que llevaba a la cabaña de Cal, se dirigió hacia su casa, esperando que Howard siguiera allí. El hombre solía hacerla reír y necesitaba reírse un poco en aquel momento.

Desgraciadamente, su furgoneta no estaba frente a la casa. Natalie aparcó el coche y levantó los ojos. A pesar de todos sus esfuerzos, no habían conseguido grandes resultados. La casa seguía siendo una ruina. Y, sin embargo, cada vez que la miraba recordaba el dibujo de una casa colonial rodeada de flores. Seguía viendo el sueño que la había hecho abandonar todo.

Natalie apagó el motor, suspirando. El tejado estaba arreglado, había un par de habitaciones casi habitables e incluso había agua corriente… fuera de la casa. No había razón para que no se instalara allí. En realidad, solo había seguido en casa de Cal porque le gustaba estar con él. Pero lo mejor sería alejarse. No para hacerse la dura y, desde luego, no para escaparse, sino para poner distancia. Claramente, ella se había enamorado y Cal no.

Aún no.

Natalie salió del coche y arrugó la nariz. Olía a humo. Entonces recordó que los cables eléctricos de la casa eran muy antiguos y corrió hacia el porche. La puerta no estaba cerrada. ¿Qué estaba pasando?

Asustada, entró en la casa y corrió escaleras arriba. Al principio, pensó que corría tan rápido que sus pasos hacían eco, pero después se dio cuenta de que no era un eco sino… ¡los pasos de otra persona! En ese momento, se chocó contra alguien. Natalie gritó,

atónita al ver al último hombre al que hubiera pensado ver en Heartbreak Ridge.

¡Jared Huddleton!

–¿Qué estás haciendo aquí?

–¡Yo podría hacerte la misma pregunta! ¿Hoy has salido antes de trabajar?

¿Él sabía que ella trabajaba? ¿Había estado espiándola?

Por supuesto que sí. El vandalismo, el allanamiento… Jared era el responsable. Pero, ¿por qué? Natalie empezaba a sentirse realmente asustada.

–Jared… todo este tiempo… ¿eras tú el que intentaba asustarme?

–Una tontería por mi parte. Hace una semana me enteré de que tenías un hombro sobre el que llorar. Pero me había creído tu explicación de que me dejabas porque querías «encontrarte a ti misma» o una tontería parecida.

–¡Era cierto!

–Ya –dijo él, irónico–. Pues has tardado muy poco en encontrar alguien que te caliente la cama.

Natalie estaba empezando a ponerse furiosa, pero sabía instintivamente que no debía perder el control. Además, de alguna parte salía un humo gris que la hacía temblar de miedo. Cuando intentó rodear a Jared para ver de dónde salía, él se lo impidió.

–¿Por qué me estás haciendo esto? –preguntó, temblorosa.

–Porque quiero que vuelvas a casa, Natalie. A Houston, conmigo.

¡Y pensar que lo había creído un hombre sin carácter!

–¿Y esta es tu manera de intentar convencer a una mujer? ¿Dándole un susto de muerte?

Él apretó sus brazos con fuerza, irritado. En ese momento, Natalie se dio cuenta de algo terrible. Jared era un psicópata.

–No sé cómo convencer a una mujer porque nunca me ha dejado ninguna antes que tú, Natalie.

Ella hizo un esfuerzo para parecer calmada, aunque su corazón latía violentamente.

–Créeme, Jared, lo que hice fue lo mejor. Nuestro matrimonio no habría funcionado.

–¡Nunca me diste una oportunidad!

–Tú no eras el problema –le aseguró ella–. Era yo. Me equivoqué al hacer que concibieras esperanzas. Yo… –Natalie tomó aire para confesarle su más profunda vergüenza–. Estaba arruinada, Jared. Desesperada. Iba a casarme contigo por tu dinero.

«Oh, Dios mío, ahora sí que va a matarme», pensó Natalie.

Pero Jared no lo hizo. Todo lo contrario. La soltó y empezó a reírse a carcajadas.

–¿Qué tiene tanta gracia?

–¡Tú arruinada! –consiguió decir él, entre risas–. Casarte conmigo por mi dinero… ¡cuando esa era la razón por la que yo iba a casarme contigo!

Natalie se quedó perpleja. ¿Jared Huddleton un cazador de fortunas? No podía creerlo. Pero debía ser cierto. Él la había engañado y ella lo había engañado a él, usando el último dinero que le quedaba para aparentar que seguía siendo una rica heredera.

Casi sentía ganas de echarse a reír, pero seguía oliendo a humo.

–Jared, ¿qué has hecho?

Él dejó de reírse bruscamente.

–Mi último esfuerzo para sacarte de aquí. Quería que encontrases la casa convertida en cenizas. No sabía que volverías tan pronto.

¿Qué haría Jared después de confesar que le había prendido fuego a su casa? Natalie se puso tensa, esperando que sacara un cuchillo, o una pistola o que, sencillamente, la tirase escaleras abajo. Pero lo que Jared hizo fue empujarla contra la pared y salir corriendo escaleras abajo.

No tenía tiempo para seguir pensando. Natalie salió corriendo y empezó a buscar la fuente del humo por todas partes. De repente, miró hacia el ático y vio que era de allí de donde salía. Las llamas empezaban a lamer la estrecha escalera.

Cuando se dio cuenta de lo que eso significaba, tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a gritar. Acababan de terminar de reparar el tejado y todo su trabajo, un trabajo duro y peligroso, no habría servido para nada.

A menos que ella pudiera hacer algo.

Natalie corrió hacia el grifo que Howard había instalado en el porche, enganchó la manguera que había comprado unos días antes y corrió con ella hacia el ático. Cuando el agua alcanzó las llamas, el humo se hizo más intenso y ella tuvo que ponerse la camiseta sobre la cara para poder respirar. Estaba un poco mareada, pero no pensaba abandonar hasta que hubiera apagado el fuego.

Mientras conducía hacia su casa, Cal iba practicando las palabras: «Lo siento». No le resultaba fácil. De hecho, cuando se vio a sí mismo pronunciándolas frente al espejo retrovisor, casi dio un

salto hacia atrás. Era como si sus labios se torcieran al pronunciar aquellas sílabas.

Intentó decir: «Me he equivocado», pero los resultados fueron aún peores.

Estaba intentando un sencillo: «Perdóname» cuando casi se chocó contra un coche que bajaba a toda velocidad. El imbécil llevaba puestas las luces largas y casi lo cegó. Cal pisó el freno y se volvió para mirar. Era un Mercedes dorado.

¿Un Mercedes dorado?

Sin pensar, Cal dio la vuelta para seguir al coche alemán. ¿Habría vuelto para destrozar la casa de Natalie?

El pensamiento hizo que pisara el acelerador a fondo.

Hubiera dado cualquier cosa por tener una sirena en ese momento. Aunque aquel canalla no pararía, de eso estaba seguro. Y la única forma de obligarlo era bloquear el camino. Cal colocó la furgoneta al lado del Mercedes y le hizo señas para que parase en el arcén. Por supuesto, el conductor no obedeció y siguió bajando a todo gas, como un poseso.

Pero él también estaba poseído en ese momento, poseído por el deseo de estrangularlo. Si le había tocado un pelo a Natalie…

Cal aceleró como solo había visto hacerlo en las películas y pasó al Mercedes. Después, giró el volante de golpe, con los dientes apretados. Escuchó un chirrido de neumáticos y después el horrible sonido del metal chocando contra metal, seguido de una rápida explosión; el airbag de los dos coches. En cuanto pudo librarse, Cal saltó de la furgoneta.

Frente al volante del Mercedes, un hombre de unos treinta años y de pelo oscuro parecía paralizado. Cal lo sacó del coche violentamente.

–¿Quién demonios es usted? ¿Qué hace bajando de casa de Natalie como alma que lleva el diablo?

Al escuchar el nombre de Natalie, el tipo parpadeó.

–Ella está bien.

–¡Eso espero o…! ¿Qué quiere decir? ¿La ha visto?

–Yo no he hecho nada, ha sido un accidente. Discutimos y me marché.

–¿Sobre qué discutieron?

–Es un asunto privado.

El tono mesurado del hombre era suficiente para que Cal perdiera los nervios.

–¿Cómo se llama?

–Jared.

Jared. ¡El prometido de Natalie! Él era quien había estado molestándola y acosándola. No había nada peor que un millonario rechazado, pensó. Y lo más curioso era que Merlie había tenido razón. Ella había dicho desde el principio que el sospechoso era el novio despechado.

Pero entonces Cal había creído que cualquier hombre sería afortunado si se librase de Natalie.

Antes de que pudiera estrangular a Jared para que le dijera dónde y cómo estaba ella, el coche patrulla de Sam paró a su lado.

–¿Qué demonios está pasando aquí?

–He pillado a este tipo bajando como un loco por la carretera. Un coche dorado, europeo. Y resulta que es el ex prometido de Natalie.

Sam sacó las esposas de su cinturón.

–Muy bien. Espósalo y mételo en el coche patrulla. Tenemos que dejar libre la carretera para el coche de bomberos.

Cal se quedó parado.

–¿Bomberos?

–El viejo Withers ha visto humo saliendo de la casa de Natalie.

Cal no esperó más explicaciones. Entró en su furgoneta después de esposar a Jared y pisó el acelerador a fondo.

Su corazón latía como si estuviera a punto de saltar de su pecho y la furgoneta no parecía avanzar a la velocidad que él hubiera deseado.

Cal se hubiera dado de golpes por haber perdido el tiempo con aquel imbécil cuando debería haber subido a la casa en cuanto sospechó que ocurría algo. Debería haber sabido que Natalie tenía problemas…

Cal apretó los dientes cuando vio las llamas que iluminaban el cielo.

No recordaba siquiera haber parado la furgoneta. Quizá incluso se había tirado de ella sin frenar, pero le daba completamente igual. ¿Dónde demonios estaba Natalie?

Había esperado encontrarla fuera de la casa, corriendo con la manguera, pero no la veía. Desgraciadamente, sí veía la manguera y lo llevaba hasta la casa en llamas.

En cuanto entró por la puerta, Cal tuvo que ponerse la mano sobre la boca. El humo y las llamas no le permitían respirar, pero siguió la manguera para encontrar a Natalie. No había tiempo que perder. Si había estado respirando aquel humo durante mucho tiempo podría estar desmayada.

–¡Natalie! –gritó, corriendo escaleras arriba. «Ella está bien. Ella

está bien», se repetía a sí mismo una y otra vez. Pero no recibió respuesta. Por fin la encontró, tirada en el suelo del segundo piso. Cal la tomó en brazos y casi gritó de alivio cuando la oyó toser. Tenía que llevarla fuera, tenía que hacerla respirar aire fresco. En ese momento, recordó una de las enseñanzas del cuerpo de policía: «La mayoría de las víctimas de un incendio mueren por inhalación de humo».

Pero Natalie no iba a morir. Él no lo permitiría.

Cuando Natalie abrió los ojos, estaba en un sitio que le resultaba desconocido y en el que todo parecía de color blanco. Consideró la posibilidad de haber muerto y estar en el cielo, pero cambió de opinión en cuanto vio la cara de Merlie a unos centímetros de la suya, mirándola a través de sus gafas.

Aquella no era exactamente la cara de un ángel.

–¡Ha vuelto en sí, chicas! –exclamó la mujer.

Natalie parpadeó. «¿Vuelto en sí?» ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

¿Qué había ocurrido? ¡Ella nunca se había desmayado antes!

De repente, dos caras más aparecieron sobre su cama. Una era Shelby Weston y la otra Ruby, la mujer de Cody.

No podía estar muy mal si recordaba los nombres.

–No despiertes a Cal todavía –dijo Ruby–. Tiene cara de muerta.

¿Cal? El pulso de Natalie se aceleró. ¿Cal estaba en el hospital?

–¡No digas eso! –exclamó Shelby, golpeándola con el codo–. ¿Y si puede oírte?

Natalie sonrió, pero al hacerlo sintió como si su cara fuera a partirse en dos.

Merlie se puso las manos en las caderas y miró a las dos mujeres con gesto airado.

–No creo que le importe mucho su aspecto en este momento. ¿Verdad que no, Natalie? –preguntó, gritando como si Natalie se hubiera quedado sorda–. ¿Necesitas alguna cosa?

Ella se pasó la lengua por los labios resecos.

–Dale un poco de cacao para los labios –dijo Shelby.

Natalie esperó pacientemente mientras sus tres enfermeras le ponían cacao y después se aclaró la garganta.

–Agua… –murmuró. No sabía si había pronunciado la palabra correctamente, pero por la reacción de su audiencia, la habían entendido.

–¿Has oído eso? –sonrió Ruby.

–¡Quiere agua!

Merlie desapareció y Natalie escuchó un grifo, un sonido maravilloso.

–¿Llevo mucho tiempo aquí? –consiguió decir después de tomar un buen trago.

–Solo esta noche, cariño.

¡Una noche! Natalie intentó recordar… la pelea con Jared, el humo… Pero después de eso, su mente estaba en blanco. ¿Qué había ocurrido?

Entonces recordó. ¡El fuego! Había intentado salvar su casa con una manguera, pero no recordaba nada más.

–¿Quién me encontró?

–Cal –contestó Merlie–. Él te sacó de la casa.

–¿Y él está bien? –preguntó Natalie, ansiosa.

Las tres cabezas asintieron a la vez.

–Se ha quedado contigo toda la noche, pero Sam lo obligó a ir a la comisaría para cambiarse de ropa. Volvió hace una hora y se ha quedado dormido en el pasillo. Nadie tiene corazón para despertarlo.

Cal le había salvado la vida y además se había quedado con ella durante toda la noche. Natalie no podía evitar que su pulso se acelerase. ¿Por qué? ¿Por qué el descreído de Cal, el hombre del corazón roto, estaba tan preocupado por ella?

Natalie sonrió.

–¡Yo tengo su corazón! –exclamó, incorporándose.

–Cariño, no te levantes –dijo Merlie.

Natalie se sentó sobre la cama.

–¡Nunca me he sentido mejor! –dijo, casi gritando. Le dolía la cabeza, olía a cenicero y la «bata» que le habían puesto no era precisamente el modelo más sofisticado, pero a ella le daba igual.

–¡Espera! –gritó Shelby, cuando Natalie corría hacia la puerta.

–¡No puedes salir así! –dijo Merlie, tomándola del brazo.

Ruby, la más práctica, le colocó una de las sábanas por encima de los hombros.

Natalie salió de la habitación y se quedó paralizada al ver a Cal… ¡en uniforme! Después de lo que había hecho por ella la noche anterior, verlo dormido en una silla con la cabeza colgando sobre el pecho hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

Natalie se acercó y le dio un beso en la frente.

Cal se despertó entonces y cuando se dio cuenta de quién era, sonrió de oreja a oreja. Pero la sonrisa desapareció un segundo después.

–¡No deberías estar levantada! Tienes que estar en la cama.

–Y tú también –dijo Natalie, tomando su mano.

Mientras lo miraba amorosamente a los ojos, el recelo que había visto en ellos la tarde anterior parecía desaparecer.

–Natalie, estaba tan preocupado… Hemos atrapado a Jared.

–Me alegro –dijo ella–. Pero Jared me da igual.

–¿Te da igual?

–Sabía que no sería rival para un equipo tan bueno como Sam y tú.

Cal sonrió.

–Tus animales están bien, por cierto.

–No estaba preocupada por ellos.

–Entonces, ¿por quién estabas preocupada?

–Por ti –contestó ella–. Por cierto, ¿qué haces con esa ropa?

Cal se puso colorado.

–Es mi antiguo uniforme. He ido a la comisaría para cambiarme y es lo único que he encontrado. Era más rápido ir allí que volver a casa.

–¿Y por qué querías volver tan rápido? ¿Los médicos tenían que examinarte?

–No, claro que no. Es que quería estar a tu lado.

–¡Eso es lo que esperaba oír! –sonrió Natalie, sentándose sobre sus rodillas.

Él parecía casi tímido.

–Tu casa, Natalie… te vas a llevar un disgusto. El tejado está destrozado.

Natalie suspiró.

–Bueno, pero ahora sé cómo arreglarlo.

–¿Arreglarlo? ¿Quieres decir que sigues pensando en reparar la casa?

–Cal, ¿hay alguna parte de la palabra «sí» que tengas dificultad en entender?

–Pero, ¿por qué? Está hecha una ruina. Si consigues recuperar tu dinero…

–Podría terminar de repararla mucho antes –lo interrumpió ella–. Aunque el hotel fuera un fracaso, sería un sitio bonito para criar a nuestros hijos.

–¿Nuestros hijos? –repitió él, atónito.

Natalie se cruzó de brazos.

–Eso es. ¿Tienes algún problema, comisario?

Cal negó con la cabeza, sonriendo.

–Quizá debería pedirte que te casaras conmigo.

–¿Estás seguro? Aún no han pasado las seis semanas y perderás cien dólares.

–En serio, Nat. ¿Quieres casarte conmigo? –preguntó Cal. Natalie asintió, sonriendo–. ¿Aunque no sea más que el ayudante del comisario de un pueblo diminuto?

–Y casi un graduado de la universidad de la Enciclopedia Británica –le recordó ella.

–¿Y Heartbreak Ridge? Este pueblo está maldito; todo el mundo acaba con el corazón roto.

–¿Cómo puede un pueblo estar maldito cuando ha visto tres matrimonios en menos de un año? –preguntó ella, colocándose imperiosamente la sábana sobre el hombro–. Como la baronesa oficial de Heartbreak Ridge, declaro que la maldición ha desaparecido.

Cal la besó entonces, un beso largo y profundo. Cuando se separaron para respirar, él sonreía.

–No sé si funcionará.

–¿Nuestro matrimonio?

–No, tu hechizo.

–Solo hay una forma de enterarse.

–¿Cómo? –preguntó él, levantando las cejas.

–Si llegamos a las bodas de plata, sabremos que ha funcionado.

–¿Veinticinco miserables años? ¿Eso es todo lo que esperas?

Natalie sonrió.

–¿Cuántos dirías tú?

Cal la abrazó, sin importarle que hubiera varias enfermeras observándolos. A Natalie tampoco le importaba. Era demasiado feliz… y estaba deseando volver a saborear los labios de Cal.

–Yo diría que vayamos por el oro, baronesa. ¡Cincuenta años o nada!

Epílogo

Clarice Biddles de River Oaks, Houston, miraba el paisaje desde el porche del hotel Heartbreak Ridge.

–¡Qué vista tan preciosa! –exclamó, dirigiéndose a Jim Loftus, un cliente del hotel.

–Sí –sonrió Jim, satisfecho–. Siempre supe que esta casa mía podría ser un buen hotel.

–¿Su casa?

–¿No lo sabía? Se la vendí a Natalie por muy poco dinero, pero es que no tenía tiempo para hacer las reparaciones…

–¡Pero esta casa es una joya!

Natalie salía en ese momento y escuchó el final de la conversación. Jim Loftus, que había vuelto de Honolulú solo después de que Natalie le jurase por teléfono que no le guardaba rencor, era un cliente habitual del hotel. Solía ir a desayunar o a cenar y se dedicaba a contarle a todo el mundo que la casa había sido propiedad suya. Era muy irritante, pero Natalie se reía. Después de todo, las cosas habían salido bien; ¿cómo podía seguir enfadada con Jim cuando su estafa había conseguido hacer que su vida fuera todo lo que ella quería?

–El cocinero acaba de sacar del horno un pastel de zanahoria, Jim. Deberías ir a probarlo.

–¡Ah, qué bien! –sonrió el hombre, despidiéndose de ellas con un gesto.

–Vaya… –murmuró Clarice, observándolo–. Parece un hombre acomodado. ¿Es soltero?

–Sí –contestó Natalie, intentando contener la risa.

Clarice juntó las manos y se inclinó hacia la mujer que consideraba una de sus mejores amigas, a pesar de no haber hablado con ella en un año y medio.

–Debo decirte que no las tenía todas conmigo sobre este hotel, perdido en un sitio tan solitario.

–¿Y qué te parece?

–Estupendo. Y, además, hay hombres interesantes. O, al menos, solteros. Natalie, te lo digo en serio, en Houston no quedan hombres libres.

Clarice decidió ponerla al día sobre los cotilleos, pero Natalie la escuchaba sin interés. En aquel momento tenía cosas más importantes en la cabeza. Su hotel, que funcionaba mejor de lo que hubiera imaginado, era un trabajo que requería toda su atención.

Gracias a los anuncios que aparecían en los periódicos, rara vez quedaba alguna habitación libre, pero ella siempre sacaba tiempo para jugar. Eso era algo en lo que Cal había insistido. Aún les quedaban cuarenta y ocho años para romper el maleficio de Heartbreak Ridge y hasta entonces pensaban comportarse como recién casados.

Afortunadamente, por lo único que no tenían que preocuparse era por dinero. Malcolm Braswell había sido detenido cuando intentaba entrar en el país y, a cambio de una sentencia menor, el administrador había devuelto un porcentaje considerable del dinero que le había robado. Con ese dinero, Natalie había reparado la casa y abierto las puertas del hotel el verano siguiente. Y aún le quedaba dinero suficiente como para sentirse segura y pagar la universidad de sus hijos.

–Fíjate, pobre Jared –estaba diciendo Clarice–. ¡Casarse en la cárcel, con una funcionaria de prisiones! Nunca se sabe con la gente, ¿verdad? Crees que los conoces y… –la mujer se interrumpió al ver algo en el jardín–. ¡Mira! –exclamó, señalando a Howard, que empujaba una carretilla llena de hojas secas–. ¡Me encanta la gente rústica que has contratado!

Natalie sonrió, irónica.

–El hotel debe tener un aspecto auténticamente rústico.

Howard siempre se quejaba de trabajar para unos clientes tan idiotas y cuando miró a Clarice, que llevaba pantalones de seda y sandalias de tacón vertiginoso, puso cara de vinagre.

–Howard, te presento a Clarice Biddles. Éramos compañeras de universidad.

–¿Quieres decir que ha ido a la universidad y sigue siendo tan

tonta como para comprar esos zapatos?

Clarice se quedó boquiabierta y Natalie se mordió los labios, intentando no soltar una carcajada. Estaba a punto de tomar a su amiga del brazo para entrar en el hotel cuando escuchó el sonido de unos cascos.

Cuando Cal apareció, su corazón hizo una elaborada pirueta dentro de su pecho. Llevaba uniforme, pero seguía teniendo el pelo largo, la cara bronceada y los ojos azules que le habían robado el aliento la primera vez.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Clarice–. ¿Quién es?

–Más color local.

–¿Un policía en el hotel? ¡Qué bien!

Howard parecía cada vez más irritado.

–No es solo un policía. Es su marido, señorita.

Cal no le dio oportunidad de hacer las presentaciones. Nada más detener el caballo, la tomó por la cintura y la subió a la silla.

Clarice tuvo que ahogar un grito.

–¿Tienes mucho que hacer? –preguntó Cal, besando a su esposa en los labios.

–No tanto como para no poder ser secuestrada.

–Sus deseos son órdenes, baronesa.

Natalie, que llevaba mucho tiempo sintiéndose la reina del mundo, lanzó un grito de alegría mientras los dos desaparecían galopando hacia el atardecer.